

VÍCTOR HUGO

LUCRECIA BORGIA

Texto revisado y preparado por Seki El Harouat.

Título: Lucrecia Borgia (De: “Obras Completas de Víctor Hugo”. Tomo III.)

Autor: Víctor Hugo (1802-1885.)

Traductor: Jacinto Labaila González (1833-1895.)

Publicación: Valencia: Terraza, Aliena y Compañía, Editores, 1887 (Imprenta de Juan Guix.)



LUCRECIA BORGIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.



EL autor, en cuanto cumplió la promesa que hizo en el prólogo de su último drama, volvió á consagrarse a la exclusiva ocupacion de toda su vida, al arte. Dar á luz otro drama seis semanas despues de la prohibicion de *El Rey se divierte*, era otro modo de manifestar al gobierno su manera de pensar; era manifestarle que era inútil qué se empeñara en ahogar el pensamiento.

El Rey se divierte y LUCRECIA BORGIA no se parecen ni en el fondo ni en la forma, y estas dos obras tienen tan diferente objeto, que una de ellas será quizás un día la principal fecha política y la otra la principal fecha literaria de la vida del autor. Sin embargo, estas dos obras, que tan diferentes son, por su fondo, por su forma y por su destino, se hermanan perfectamente en el pensamiento del que las ha concebido. La idea que produjo *El Rey se divierte* y la idea que produjo LUCRECIA BORGIA, han nacido al mismo tiempo en el pensamiento del autor; son dos ideas gemelas. La idea que ocultan las varias siluetas concéntricas que se dibujan en *El Rey se divierte* es la siguiente: Apoderaos de la

deformidad física más vergonzosa, más repugnante y más completa; colocadla donde pueda resaltar mejor, en el sitio más ínfimo y más subterráneo del edificio social; alumbrad á esta miserable criatura por todas partes con la luz siniestra de los contrastes, dotadla de corazon, y poned en este corazon el sentimiento más puro que conoce el hombre, el sentimiento paternal: sucederá entonces que este sentimiento sublime, excitado por condiciones especiales, transformará á vuestros ojos á la criatura degradada, y el sér miserable se convertirá en grande y el sér deforme llegará á ser bello. Esto es lo que sucede en *El Rey se divierte*. Veamos ahora lo que sucede en LUCRECIA BORGIA. Apoderaos de la deformidad moral más vergonzosa y más repugnante, colocadla donde pueda resaltar mejor, esto es, en el corazon de una mujer, con todas las condiciones de belleza física y de grandeza real, que dan más brillo al crimen, y mezclad con esa deformidad moral un sentimiento puro, el más puro que la mujer puede sentir, el sentimiento maternal, y ese mónstruo que sea una madre; y el mónstruo interesará, y el mónstruo hará llorar, y el sér que aterraba os dará compasion, y el alma deforme llegará á ser casi hermosa á vuestros ojos. *El Rey se divierte* es la paternidad santificando la deformidad física, y LUCRECIA BORGIA es la maternidad purificando la deformidad moral. En el pensamiento del autor, estos dos dramas forman una biología *sui generis*, que podria titularse El padre y la madre. Nada importa que la suerte los haya separado, ni que el uno haya tenido vida próspera y al otro lo haya muerto la censura; la idea que constituye el fondo del primero quedará quizás bastante tiempo aun velada por muchas prevenciones y por muchas consideraciones; la idea que engendró el segundo parece cada dia mejor comprendida y aceptada por la multitud inteligente y simpática; pero cualquiera que sea la suerte que quepa á estos dos dramas, son dos hermanos gemelos, que han nacido unidos, uno coronado y otro proscrito, como Luis XIV y *El hombre de la máscara de hierro*.

Corneille y Moliere tenían por costumbre contestar detalladamente á las críticas que se escribían de sus obras, y es cosa curiosa hoy dia ver cómo esos gigantes del teatro se

escapaban en sus prólogos de las intrincadas redes de objeciones que la crítica contemporánea tendía contra ellos. El autor de este drama no se cree con méritos suficientes para imitar tan grandes ejemplos, y no contestará á las críticas. Lo que está bien á hombres tan autorizados como Moliere y Corneille, no está bien á los demás. Además, quizás únicamente Corneille en el mundo puede permanecer siendo grande y sublime, arrodillándose ante Scuderi y ante Chapelain: el autor está muy lejos de ser Corneille, y no tiene tampoco que luchar con Chapelain ni con Scuderi. La crítica, con raras excepciones, ha sido generalmente leal y benévola con él; pero sin embargo, podría contestar á algunas objeciones. A los que creen, por ejemplo, que Genaro se deja envenenar con demasiada candidez por el duque en el acto segundo, podría preguntarle si Genaro, personaje que ideó la fantasía del poeta, necesita ser más verosímil y más desconfiado que el histórico Drusus de Tácito. A los que le reprochan haber exagerado los crímenes de Lucrecia Borgia, el autor les podría contestar: "Leed á Tomasi, leed á Guicciardini, y sobre todo leed el *Diarium*.., A los que le critican de haber acogido respecto á la muerte de los maridos de Lucrecia ciertos rumores populares, casi fabulosos, el autor podría contestar que con frecuencia las fábulas que inventa el pueblo constituyen la verdad de los poetas, y citaría sobre esto á Tácito; y el historiador está más obligado á fundarse en la realidad de los hechos que el poeta dramático: *Quamvis fabulosa et inmania credebantur, atrociores semper fama ergo dominantium exitus*. Podría en el detalle de estas explicaciones ir mucho más adelante y examinar una á una todas las objeciones de la crítica, pero le complace más darle las gracias que contradecirla, y comprende, despues de todo, que es mejor que el lector vea en el drama la contestacion que pueda darse á las objeciones de la crítica, porque es más convincente que se encuentren en el drama que en el prólogo. No insiste más en la parte estética de su obra, porque comprende que existe otro orden de ideas no menos importantes, que quisiera tener tiempo de remover y de profundizar á propósito del drama LUCRECIA BORGIA, porque á sus ojos surgen muchas cuestiones sociales de las cuestiones literarias;

sobre este punto se extendería voluntariamente si no le faltasen espacio y tiempo. El teatro, volvemos á repetir, ha adquirido en nuestros dias importancia inmensa, importancia que sin cesar la civilizacion misma le hace adquirir. El teatro es una tribuna. El teatro es un púlpito. El teatro habla con voz robusta y muy alta. Cuando Corneille dice: *Pour etre plus qu' un rol tu te crois quelque chose*, Corneille es Mirabeau; cuando Shakespeare dice: *To die, to sleep*, Shakespeare es Bossuet.

El autor de este drama conoce la gran importancia del teatro, y sabe que el drama, sin salir de los límites imparciales del arte, tiene que cumplir una mision nacional, social y humana. Cuando vé que el pueblo inteligente y civilizado, que convierte á Paris en la ciudad central del progreso, llena todas las noches el teatro, antes de levantarse el telon, comprende lo poco que es ante la gran expectativa de curiosidad, y conoce que si es pobre su talento debe ser grande su probidad, y preguntase severamente á sí mismo sobre el alcance filosófico de su drama, porque carga con la responsabilidad y no quiere que el público pueda un dia echarle en cara lo que le haya enseñado. El público debe salir del teatro llevándose la impresion de alguna moralidad austera y profunda, por lo que espera, con la ayuda de Dios, desenvolver siempre en el teatro argumentos de los que se deduzcan lecciones y buenos consejos, para lo que hará que aparezca siempre el ataúd en la sala de los festines, las oraciones de los muertos junto á las canciones báquicas de la orgía y la cogulla al lado de la máscara. Conoce que el arte, el arte puro, no exige todo esto del poeta; pero el autor cree que en el teatro sobre todo no debe satisfacerse con llenar únicamente las condiciones indispensables del arte. En cuanto á las llagas y á las miserias de la humanidad, siempre que las enseñe en los dramas cubrirá todo lo que tengan de repugnante esas desnudeces con el velo de una idea consoladora y grave. No sacará á la escena á *Marion de Lorme* antes que el amor haya purificado á la cortesana, ni sacará á escena al deforme *Triboulet* sin dotarle de corazon de padre, ni á la monstruosa LUCRECIA sin hacerla tener corazon de madre, y de este modo su conciencia descansará tranquila y serena al emprender el trabajo. El

drama que acaba de escribir tocará todos los extremos sin mancharse en ninguno. Haciendo circular en todo él un pensamiento moral y compasivo, no resultará nada repulsivo ni deforme. Combinad con la idea más repugnante una idea religiosa, y aquella llegará á ser santa y pura.

12 Febrero 1858.



LUCRECIA BORGIA.

PERSONAJES

LUCRECIA BORGIA.
D. ALFONSO DE ESTE.
GENARO.
YUBETA.
MAFEO ORSINI.
JACOBO LIBERETO.
APÓSTOLO GACELLA.
ASCANIO PETRUCI.
LUDOVICO VLTELOZO.
RUSTIGUELO.
ASTOLFO.
LA CONDESA NEGRONI.
UN UJIER.
DISCIPLINANTES, DAMAS, PAJES, GUARDIAS Y
ESBIRROS.

La escena pasa en Venecia y en Ferrara en el año 15...

ACTO PRIMERO

El teatro representa un jardín del palacio Barbarigo en Venecia. Es de noche. Varias máscaras atraviesan el teatro. A los dos lados del jardín se vé el palacio, magníficamente iluminado; dentro de él se oye música. Se supone que al pié del jardín corre el canal del Zueca, por el que se ven pasar á cada instante góndolas llenas de máscaras y de músicos é iluminadas. Cada una de estas góndolas atraviesa el fondo del teatro, y dentro de ellas se oye cantar. En el fondo se vé la ciudad de Venecia al reflejo de la luna.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen varios jóvenes caballeros vestidos con ricos trajes, con mascarillas

en la mano y conversando en el jardín. YUBETA, GENARO, vestido de capitán; APÓSTOLO, MAFEO, ASCANIO, LUDOVICO y JACOBO.

LUDOVICO. Vivimos en un tiempo tan fecundo en maldades, que esa ya se ha olvidado; pero fué un suceso horrible y misterioso.

ASCANIO. Accion infernal, consumada, no por hombres, sino por demonios.

JACOBO. Señores, sé bien esa historia por mi primo el cardenal Carriale, que estaba muy al corriente de ella. Ya sabeis que el cardenal Carriale tuvo una ruidosa contienda con el cardenal Riario, con motivo de la guerra contra Cárlos VIII, rey de Francia.

GENARO. (Bostezando,) El buen Jacobo ya nos vá á referir cuentos; por mi parte ofrezco no oírlos; estoy rendido de sueño.

MAFEO. Es muy natural que esto no te interese, Genaro. Eres un bravo capitán de aventureros, famoso por tu valor, pero que te llamas como te dá la gana. No has conocido padre ni madre; y aunque nadie duda de que fueron nobles, porque se conoce que tú lo eres, sin embargo, solo sabemos acerca de tu hidalguía que te bates como un león. Somos compañeros de armas, y lo que te digo no te puede ofender; me salvaste la vida en Rímini y yo te salvó en el puente Vicenzia; juramos ayudarnos mutuamente en los peligros de la guerra y en los del amor, y que todos tus enemigos serían míos y los míos tuyos. Nos predijo un astrólogo que moriríamos en el mismo día, y le dimos diez cequíes de oro por nuestro horóscopo; en una palabra, somos, más que amigos, hermanos, y tu tienes la felicidad de poderte llamar Genaro á secas, de no depender de nadie y de no arrastrar á todas partes una de esas fatalidades hereditarias que acompañan á los apellidos históricos. ¿Qué te importa á tí lo pasado ni lo presente, si tienes hombres con quienes batirte y mujeres con quienes gozar? Nosotros no estamos en el mismo caso: tenemos derecho á interesarnos en las catástrofes de nuestra época. Nuestros padres participaron de sus tragedias, y las heridas que recibieron brotan aun sangre en nuestras familias. - Cuéntanos lo que sepas, Jacobo.

GEN. (Echándose en un sillón como para dormir.) Ya me despertareis

cuando acabe esa historia.

JAC. Pues os referiré lo que sé. El año 1483...

YUBETA. Ochenta y siete.

JAC. Es verdad, el ochenta y siete: una noche de invierno... me parece que era jueves.

YUB. Era martes ó miércoles.

JAC. Lo mismo dá.—Aquella noche estaba un batelero del Tíber en su barca guardando el cargamento, cuando presenció un suceso espantoso. Un poco más abajo de la iglesia de San Gerónimo, á la una de la noche, de una noche muy oscura, se presentaron dos hombres por el camino que está á la izquierda del templo, dando vueltas de un lado á otro; luego aparecieron otros dos, en seguida tres; total, siete. Uno solo iba á caballo. De las casas que miran al rio solo habia luz en una ventana. El que iba á caballo volvió las ancas de éste á la parte del rio, y entonces el batelero pudo distinguir á la grupa del jinete dos piernas que colgaban por un lado y una cabeza y dos brazos que colgaban por el otro. Esto es, que llevaba un hombre muerto. Mientras los compañeros hacían centinela en las esquinas de las calles inmediatas, ellos cogieron el cadáver por la cabeza y las piernas, le bambolearon con fuerza dos ó tres veces y le lanzaron al Tíber. En cuanto cayó el cadáver en el rio, el jinete hizo una pregunta, á la que contestaron los otros: "No lo dude vucencia., Entonces el jinete, adelantándose hácia el Tíber, vió una cosa negra que sobrenadaba; preguntó lo que era y le respondieron: "Es la capa de su excelencia que se le ha desprendido del cuerpo al caer en el agua., En seguida uno de ellos tiró unas piedras á la capa, hasta que la hizo hundir. Despues se fueron todos juntos por el camino que se dirige á Santiago. Esto es lo que presencié el gondolero.

MAF. En esa lúgubre aventura debió ser un personaje el que arrojaron al rio. Me hace un efecto horrible el asesino cabalgando con el asesinado á la grupa.

YUB. El caballo llevaba dos hermanos.

JAC. Así es; el cadáver era de Juan de Borgia y el que lo llevaba era César Borgia.

MAF. Los Borgias son una familia de demonios. ¿Sabeis, Jacobo, por qué César mató á su hermano?

JAC. El motivo fué tan abominable, que solo ocuparse de él es estar en pecado mortal.

YUB. Si no quereis decirlo, yo lo diré: César Borgia, cardenal de Valentinois, mató á Juan, duque de Gandía, porque los dos hermanos amaban á la misma mujer.

MAF. Quién era esa mujer?

YUB. Su hermana Lucrecia Borgia.

JAC. Basta: no pronunciéis delante de nosotros el nombre de esa furia. No hay una de nuestras familias á quien ella no haya herido de muerte.

MAF. Se dijo que en ese suceso habia un niño de por medio.

JAC. Ese niño era hijo del difunto Juan Borgia.

MAF. Si viviera seria ya hombre.

LUD. Pero desapareció.

JAC. No se sabe cierto si César Borgia logró separarlo de su madre ó si ésta se lo pudo quitar á César Borgia.

APÓSTOLO. Si la madre le tiene oculto, hace bien. Desde que César Borgia trocó la púrpura por el ducado de Valentinois, despachó al otro mundo, además de su hermano Juan, á sus dos sobrinos los hijos del príncipe de Esquilache y á su primo el cardenal Francisco Borgia. A ese mónstruo le dá por matar á sus parientes.

JAC. Quiere ser el único Borgia y poseer todos los bienes del Papa.

ASC. Decidme, Jacobo, ¿su hermana, que vos no quereis nombrar, no desapareció por aquella época y fué á encerrarse durante algunos meses en el monasterio de San Sixto?

JAC. Sí; quería separarse de su segundo esposo Juan Esforcia.

MAF. ¿Cómo se llamaba el gondolero que presenció lo que acabais de decir?

JAC. No lo sé.

YUB. Yo sí; se llamaba Jorge Schiavone y se dedicaba á conducir leña por el Tíber hasta Ripeta.

MAF. (En voz baja á Ascanio.) (Este diablo de español conoce nuestros sucesos mejor que nosotros.)

ASC. (Desconfío de él tanto como tú.)

JAC. ¡Horribles tiempos son estos en que vivimos! Entre las guerras, las pestes y los Borgias, nadie tiene segura la vida! Pobre Italia!

APÓST. Hablando de otro asunto, señores, creo que todos nosotros hemos sido designados para acompañar á los embajadores que la República de Venecia envia al duque de Ferrara, para felicitarle por haber recuperado á Rímìni, que habia caido en poder de los Malatestas. Cuándo vamos á Ferrara?

JAC. Pasado mañana. Ya sabeis que han nombrado los dos embajadores, que son el senador; Tiópolo y el general de las galeras, Grimani.

APÓST. ¿Vendrá con nosotros el capitán Genaro?

MAF. Ya lo creo; Genaro y yo somos inseparables.

ASC. Tengo que advertiros una cosa importante, y es que ahí dentro están bebiendo vino de España sin contar con nosotros.

MAF. Pues entremos en el palacio. Eh! Genaro! (Despertándole.) Se habia dormido verdaderamente.

JAC. Pues dejadle dormir.

Váanse todos menos Yubeta.

ESCENA II.

Yubeta, despues Lucrecia; Genaro, dormido.

YUB. Verdaderamente sé mucho más que ellos de los acontecimientos de su pais; así se lo decian en voz baja. Tienen razon; sé más que ellos, pero Lucrecia sabe más que yo, Valentinois sabe más que Lucrecia, el diablo sabe más que Valentinois, y el papa Alejandro VI sabe más que el diablo. (Observando á Genaro.) Qué bien duermen los jóvenes!

Entra Lucrecia disfrazada y con mascarilla. Vé á Genaro dormido y le contempla con éxtasis y con respeto.

Lucrecia. (Duerme! La fiesta le habrá fatigado. Qué hermoso es!) Yubeta!

Llamándole.

YUB. Hablad más bajo, señora. Aquí no me llamo Yubeta, sino conde de Belverana, y soy gentil-hombre español, así como vos sois la marquesa de Pontecadrato, dama napolitana. Debemos hacer como si no nos conociéramos, obedeciendo las órdenes de vuestra alteza; no estais en

vuestra córte, estais en Venecia.

LUC. Es verdad, Yubeta; pero aquí estamos solos, porque ese jóven duerme y podemos hablar unos instantes.

YUB. Como plazca á vuestra alteza, pero debo aconsejaros que no os quiteis la mascarilla, porque pudieran conoceros.

LUC. No me importa: si no saben quién soy, no debo temer; si lo saben, los que deben temblar son ellos.

YUB. Estamos en Venecia, señora, y aquí teneis enemigos, y enemigos libres.

Indudablemente la República de Venecia no permitirá que se os atropelle, pero podrían insultaros.

LUC. Tienes razon; sé que mi nombre horroriza.

YUB. Aquí no solo hay venecianos, sino tambien romanos, napolitanos, romanenses y lombardos; hay hijos de todos los pueblos de Italia.

LUC. Y me ódia Italia entera! Es preciso que esto no suceda de hoy en adelante. Ahora más que nunca conozco que yo no nací para hacer daño á nadie, pero el ejemplo de mi familia me arrastró á ser lo que he sido. Yubeta!

YUB. Señora...

LUC. Haz que comuniquen inmediatamente las órdenes que voy á darte respecto á mis Estados de Espoleto.

YUB. Dictádmelas, que yo siempre tengo cuatro mulas ensilladas y cuatro postillones dispuestos á partir.

LUC. Qué es de Galeazo Caioli?

YUB. Sigue preso, esperando que le mandeis ahorcar.

LUC. Y Jofré Buondelmonte?

YUB. En el calabozo; no me habeis dicho aun que se le dé garrote.

LUC. Y Manfredo Curzola?

YUB. Lo mismo: vive todavía.

LUC. Y Spadacappa?

YUB. Siguiendo vuestras órdenes, no se le debe envenenar hasta el día de Pascua; esto es, hasta dentro de seis semanas... estamos ahora en Carnaval...

LUC. Y Pedro Capra?

YUB. En la actualidad aun es obispo de Pésaro y regente de la Cancillería, pero dentro de poco solo será un monton de polvo. Por vuestras súplicas, el Santo Padre le hizo prender y

le tiene encerrado en los subterráneos del Vaticano.

LUC. Escribe en seguida al Santo Padre que le pido que perdone á Pedro Capra. Que pongan inmediatamente en libertad á Caioli, á Curzola, á Buondelmonte y á Spadacappa.

YUB. Extraño, señora, las órdenes que me acabais de dictar. ¡Qué lluvia de misericordia y de indultos! ¡Me habeis sumergido en el mar de vuestra clemencia! ¿A qué viene ese diluvio de buenas acciones?

LUC. Para tí debe ser indiferente que sean buenas ó malas, si te las pago bien.

YUB. Pero una buena accion es más difícil de realizar que una accion mala. ¿Qué será de mí si os dá la humorada de ser misericordiosa? ¿Qué será de mí?

LUC. Tú eres el más antiguo y el más fiel de mis confidentes.

YUB. Efectivamente, hace quince años que tengo la honra de ser vuestro colaborador.

LUC. Pues bien; mi antiguo amigo y cómplice, ¿no empiezas á sentir la necesidad de cambiar de vida? ¿No darías todo lo que posees porque nos bendijeran á tí y á mí tanto como nos han maldecido? ¿No te hastía ya tanto crimen?

YUB. Veo que llevais camino de llegar á ser una alteza virtuosa.

LUC. ¿Pero no te pesa la celebridad que nos rodea á los dos?

YUB. No. Cuando paso por las calles de Espoleto oigo á algunos canallas que murmuran al verme pasar: Ahí vá Yubeta, esto es, el puñal, el veneno y la picota; pero yo los oigo como quien oye llover. Me he acostumbrado á mi mala reputacion, como los soldados del Papa á ayudar á misa.

LUC. Pero no conoces que el menosprecio, el ódio y la animadversion con que nos tratan podría llegar á contaminar el corazon que tú desearas que te quisiera? ¿No amas á nadie en el mundo, Yubeta?

YUB. Que acaso, señora, vos amais?

LUC. Tú qué sabes! Siempre he sido franca contigo, y no voy á hablarte de mi padre, de mi hermano ni de mi marido; no voy á hablarte tampoco de ninguno de mis amantes...

YUB. Pues yo no sé que se pueda amar más que de esos modos.

LUC. Hay un amor más tierno y más imperioso que esos amores.

YUB. Como no llegueis á ser virtuosa por amor á Dios...

LUC. Si existiese hoy en Italia un corazon noble y puro, un corazon de ángel oculto bajo la coraza del soldado; si solo me quedase, desdichada mujer que abominan y maldicen los hombres y que condena el cielo, si solo me quedase como apoyo único la esperanza halagüeña de merecer y de conseguir antes de mi muerte un sitio en dicho corazon altivo y generoso, ¿extrañarías, Yubeta, que me apresurase á enmendar mi pasado, á lavar los borrones de mi inicua fama, y á trocar por una idea de gloria, de penitencia y de virtud, la idea infame y sanguinaria que en Italia despierta mi nombre?

YUB. Acaso sentís remordimientos?

LUC. Hace ya tiempo que lucho con estas ideas, aunque nunca te lo he revelado. Cuando nos arrastra la corriente del crimen, no podemos detenernos cuando queremos. El ángel bueno y el ángel malo luchan por enseñorearse de mí... Creo que vencerá el primero.

YUB. Entonces, *Te-Deum laudamus magnificat anima mea dominum!* ¿Sabeis, señora, que no os comprendo, y que hace algún tiempo que sois indescifrable para mí? El mes pasado os decidisteis á marchar á Espoleto, os despedís de monseñor Alfonso de Este, vuestro esposo, que es un buen hombre y que está enamorado de vos como un tórtolo y celoso como un tigre; salimos de Ferrara y nos dirigimos secretamente á Venecia, casi los dos solos, vos con un falso título napolitano y yo con un falso título español. En cuanto llegamos á Venecia, vuestra alteza se separa de mí, mandándome que no la conozca. Os dedicais á correr todas las tertulias y diversiones, aprovechándoos de ser Carnaval para ir siempre enmascarada y que nadie os conozca: solo me hablais un momento de noche y de paso, y toda esta mojiganga viene á parar en predicarme un sermón. Habéis metamorfoseado vuestro nombre y vuestro traje, y ahora quereis metamorfosear el alma; esto es ya llevar demasiado lejos el Carnaval. No os puedo comprender. ¿Qué causa en vuestra alteza este cambio de conducta?

LUC. (Cogiéndolo con fuerza del brazo y acercándole á donde está Genaro dormido.) Ves ese jóven?

YUB. No me es desconocido, y sé tambien que correis tras él enmascarada desde que entramos en Venecia.

LUC. Qué te parece ese jóven?

YUB. Que es un jóven que duerme profundamente acostado en un banco, y que se hubiera dormido de pió si hubiera participado de la conversacion moral y edificante que acabo de tener con vuestra alteza.

LUC. Verdad que es hermoso?

YUB. Más hermoso seria si no tuviera los ojos cerrados, porque una cara sin ojos es como un palacio sin ventanas.

LUC. Si supieras cuánto le quiero!

YUB. Eso es cuenta de vuestro real marido, el duque de Ferrara; pero debo advertir á vuestra alteza que está perdiendo

el tiempo. Se dice que ese jóven está enamorado de una hermosa doncella que se llama Fiameta.

LUC. Y ella le corresponde?

YUB. Me han asegurado que sí.

LUC. Tanto mejor; deseo que sea feliz.

YUB. Extraño vuestro modo de ver las cosas; antes erais muy celosa.

LUC. (Contemplando á Genaro.) ¡Qué fisonomía tan hermosa y tan noble!

YUB. Se me antoja que se parece á...

LUC. No me digas á quién se parece y déjame.

Váse Yubeta. Lucrecia permanece un instante en éxtasis ante Genaro, sin apercibirse de que han entrado dos hombres enmascarados que la observan desde el fondo.

LUC. Es él, y al fin puedo verle un instante sin peligro. En mis sueños no le podía desear más hermoso. ¡Dios mio, presérvame de la agonía de que me ódie ó de que me desprecie! ¡Es lo único que amo en el mundo! No me atrevo á quitarme la mascarilla, y tengo, sin embargo, que enjugarme las lágrimas.

Se quita el antifaz para secarse los ojos. Los dos hombres enmascarados hablan en voz baja, mientras ella vuelve á sumirse en la muda contemplacion de Genaro.

Hombre 1.º Con esto me basta y ya puedo regresar á Ferrara. Solo vine á Venecia para asegurarme de su infidelidad... y ya he visto bastante. No puedo estar ausente de Ferrara mucho tiempo. Ese jóven es su amante. ¿Cómo se llama, Rustiguelo?

Hom. 2.º Se llama Genaro. Es un capitan de aventureros, un bravo, que no ha conocido padre ni madre; en estos momentos está al servicio de la República de Venecia.

Hom. 1.º Arréglate de modo que venga á Ferrara.

Hom. 2.º Así lo hará, monseñor, sin que yo ponga nada de mi parte. Pasado mañana irá á vuestra corte con otros amigos suyos, agregados á los embajadores Tiópolo y Grimani.

Hom. 1.º Me alegre. Las noticias que yo tenia eran exactas. Bastante hemos visto, y vámonos á Ferrara. (Vánse.)

LUC. (Juntando las manos y casi arrodillada ante Genaro.) ¡Dios mio, que sea tan feliz como yo he sido desdichada!...

Deposita un beso en la frente de Genaro, que se despierta sobresaltado.

GEN. Un beso! Una mujer!—Os juro señora, que si fuérais reina y yo fuera poeta, hubiérais copiado la aventura de Alain-Chartier, el versificador francés; pero aquí no cabe copia, porque ignoro lo que vos sois, y yo solo soy un soldado Echándole los brazos á Lucrecia.

LUC. Soltadme por Dios, Genaro!

GEN. Eso no, he de saber...

LUC. Viene gente.

Huye Lucrecia; Genaro la sigue.

ESCENA III.

Jacobo, despues Mafeo.

JAC. No hay duda! No hay duda! Es ella. Está en Venecia.—
Mafeo....

Al verle entrar.

MAF. Qué quieres?

JAC. Referirte un extraño encuentro que acabo de tener.

Le habla al oido un instante.

MAF. Estás seguro?

JAC. Segurísimo.

MAF. ¿Y estaba galanteando con Genaro?

JAC. Sí.

MAF. Pues es preciso librar á Genaro de sus redes.

JAC. Vamos á avisar á los amigos.

Vánse. Durante algun tiempo la escena permanece sola. De vez en cuando se ven cruzar algunas góndolas. Entran Genaro y Lucrecia enmascarada.

ESCENA IV.

Genaro y Lucrecia.

LUC. El jardín está desierto y oscuro. Puedo quitarme la mascarilla. Deseo que me conozcais, Genaro. (Se quita el antifaz.)

GEN. Sois hermosísima!

LUC. Mírame bien, Genaro, y dime si te causo horror.

GEN. ¡Por qué me habíais de causar horror! Al contrario, siento en el fondo del corazón algo que me atrae hacia vos.

LUC. ¿Luego crees que me podrás amar?

GEN. Por qué no? Como soy sincero, os debo confesar que hay en el mundo una mujer á quien querré más que á vos.

LUC. A Fiameta, ya lo sé.

GEN. Os equivocais.

LUC. Pues á quién?

GEN. A mi madre.

LUC. ¡Conque tanto quieres á tu madre!

GEN. La quiero sin haberla visto nunca. ¿Verdad que esto os parece singular? No sé por qué me siento inclinado á confiaros un secreto que no he confiado á nadie, ni á mi compañero de armas Mafeo Orsini. Es extraño entregarse de este modo á la mujer que se vé por primera vez, pero no sé por qué, creo que os he visto otras veces. Soy un capitán de aventureros que nunca he conocido á mi familia. Hasta la edad de diez y seis años creía ser hijo de un pescador de Calabria, en cuya casa me crió; pero cuando cumplí esa edad, el pescador me confesó que no era mi padre. Poco tiempo despues se presentó allí un personaje que me armó caballero, y que se fué sin descubrirse y sin levantar siquiera la visera del almete. Más tarde llegó otro hombre vestido de negro á traerme una carta. La abrí y ví que era de mi madre, de mi madre á quien yo no conocía; de mi madre, á quien me imaginaba buena, cariñosa y bella como vos; de mi madre, á quien adoraba con todo el cariño de mi alma. Esa carta me hizo saber, sin revelarme mi nombre ni mi apellido, que yo era de noble linaje y de alta raza y que mi madre era muy infeliz. ¡Pobre madre mia!

LUC. Sigue, Genaro.

GEN. Desde ese día me dediqué á ser aventurero, porque siendo algo por mi nacimiento, quería ser también algo por medio de la espada, y recorrí toda la Italia. Pero el primer día de cada mes, en cualquier parte que me encuentre, se me presenta siempre el mismo mensajero. Me entrega una carta de mi madre, recibe mi respuesta y se vá; nada me dice ni yo le digo... parece que sea sordo y mudo.

LUC. ¿De modo que no sabes nada de tu familia?

GEN. Solo sé que tengo madre y que es desgraciada y que daría mi vida por verla llorar y mi eternidad por verla sonreír. Esto es todo lo que sé.

LUC. Guardas sus cartas?

GEN. Las llevo siempre conmigo, sobre el corazón. Nosotros, gente de guerra, arriesgamos continuamente el pecho a las espadas enemigas, y las cartas de una madre son una buena coraza para preservarle.

LUC. Eres tan noble como hermoso!

GEN. Quereis ver cómo escribe? Hé aquí Una de sus cartas. (Saca una del pecho, y después de besarla, se la entrega a Lucrecia.)
Leedla.

LUC. (Leyendo.) "No te empeñes en conocerme, Genaro mío, antes del día que yo te designe. Ten lástima de mí, que estoy rodeada de parientes desapiadados, que te matarían como asesinaron a tu padre. Solo yo debo saber el secreto de tu nacimiento. Si tú le conocieras, siendo como es tan infausto y tan ilustre, no podrías callártelo; la juventud es confiada, y tú ignoras los peligros que te rodean; querrías afrontarlos con todo el empuje de la juventud, revelarías tu nacimiento o dejarías que lo adivinasen, y tú no vivirías dos días quizás. Conténtate con saber que tienes una madre que te adora y que vela por tu vida de día y de noche. Hijo mío, tú eres lo único que amo en el mundo, y mi corazón se destroza cuando pienso en tí.,,

Las lágrimas no la dejan continuar.

GEN. Con qué ternura sabéis leer! Parece que estéis declamando!... ¡Estáis llorando! ¡No sabéis cuánto agradezco esa ternura!

Recoge la carta y la guarda en el pecho, después de besarla.

Tengo entendido que el crimen rodeó mi cuna... por eso podéis comprender, señora, que no me han de llamar la atención galanteos ni amoríos, porque mi pensamiento se concentra en una idea fija; la de libertar a mi madre, la de servirla, la de vengarla y la de ser su consuelo. No deseo otra felicidad. Cuanto hago es por ser digno de ella. Hay aventureros sin escrúpulo, que lo mismo pelean en favor del diablo que en favor de Dios; pero yo solo defiendiendo las causas justas. Quiero depositar un día a los pies de mi madre mi

espada sin mancilla y noble como la de un emperador. No hace mucho he rechazado la gran asignacion que me ofrecian por servir á la infame Lucrecia Borgia.

LUC. Genaro! Genaro! ¡Ten compasion de los malvados! No sabes tú los tormentos que sufren.

GEN. No puedo tener compasion de los que no compadecen á nadie. Ahora que ya sabeis quién soy, enteradme de quién sois vos.

LUC. Una mujer que te quiere, Genaro.

GEN. Cómo os llamais?

LUC. No me preguntes más.

ESCENA V.

Dichos, Mafeo, Jacobo, Ascanio, Ludovico, Apóstolo, damas y pajes con antorchas.

Lucrecia se pone el antifaz.

MAF. (Con una antorcha en la mano.) Genaro, ¿quieres saber quién es la mujer que estás galanteando?

LUC. (Qué oigo!)

GEN. Amigos míos sois todos; pero juro que si alguno toca la máscara de esta mujer, se ha de arrepentir. El antifaz de la mujer debe ser tan sagrado como el rostro del hombre.

MAF. Tienes razon, cuando la mujer es mujer. No tratamos de insultarla; solo queremos decirla quiénes somos nosotros. (a Lucrecia.) Yo soy Mafeo Orsini, hermano del duque de Gravina, al que vuestros satélites ahogaron de noche mientras dormía en su lecho.

JAC. (A Lucrecia.) Yo soy Jacobo Libe-reto, sobrino de Libereto Viteli, al que hiciste matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano.

ASC. Yo soy Ascanio Petrucci, primo hermano de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, asesinado por orden vuestra para apoderaros de su ciudad.

LUD. Yo soy Ludovico Vitelozo, sobrino de Diego Apiani, al que envenenásteis en una fiesta, despues de despojarle alevosamente de su castillo de Piombino.

APÓST. Hicisteis subir al cadalso á D. Francisco Gacella, tío materno de D. Alfonso de Aragon, vuestro tercer marido, al

que vuestros alabarderos mataron en la meseta de la escalera de San Pedro. Yo soy Apóstolo Gacella, primo del uno é hijo del otro.

LUC. (Dios mio!)

GEN. Quién es esta mujer!...

MAF. Ahora que sabeis nuestros nombres, os vamos á decir el vuestro.

LUC. No, no, por compasion! ¡No lo digais delante de él!

MAF. (Arrancándole la careta.) ¡Fuera esa máscara! ¡A ver si sois capaz de sonrojaros!

APÓST. Genaro, esta mujer que enamorabas, es envenenadora y adúltera.

JAC. Ha recorrido todos los grados del incesto: fué incestuosa con sus dos hermanos, que se mataron por ella.

LUC. Tenedme compasion!...

ASC. Ha sido incestuosa con su padre, que es Papa.

LUC. Ah! (Tapándose la cara con las manos.)

LUD. Y hubiera sido incestuosa con sus hijos, si los hubiera tenido; pero el cielo se los niega á los mónstruos.

LUC. Basta! Basta!

MAF. ¿Quieres saber su nombre, Genaro?

LUC. Oh, no, no!

MAF. Quieres saber su nombre?

LUC. (Arrastrándose de rodillas ante Genaro.) ¡Dí que no quieres, dí que no quieres!

MAF. (Extendiendo el brazo hácia ella.) Es Lucrecia Borgia.

GEN. (Rechazándola.) Qué horror!... Todos. Es Lucrecia Borgia!

Lucrecia cae sin sentido á los piés de Genaro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Una plaza en Ferrara.—A la derecha el palacio ducal, con celosías en el balcon y una puerta baja. Debajo del balcon hay un gran escudo de piedra blasonado, que contiene esta palabra, escrita en letras gruesas y salientes de cobre dorado:

«Borgia.» A la izquierda una casa pequeña con puerta que dá á la plaza. En el fondo casas y campanarios.

ESCENA PRIMERA.

Lucrecia y Yubeta.

LUC. ¿Está todo preparado para esta noche?

YUB. Todo está dispuesto.

LUC. Vendrán los cinco?

YUB. Los cinco.

LUC. Me ultrajaron cruelmente!

YUB. Si yo hubiera estado allí!

LUC. No me tuvieron compasion!

YUB. ¿Pronunciaron vuestro nombre en voz alta?

LUC. No solo lo pronunciaron, sino que me escupieron en la cara.

YUB. En el baile!

LUC. Y delante de Genaro!

YUB. No sé cómo esos aturdidos se atrevieron á salir de Venecia y á venir á Ferrara; verdad es que no podían hacer otra cosa, habiéndoles designado el Senado para acompañar á los embajadores.

LUC. ¡Genaro me desprecia ahora por culpa de ellos! Pero yo me vengaré.

YUB. Así me gusta oiros hablar. Gracias á Dios que ya no os asaltan ideas de misericordia y de perdon. Me encuentro más en mi centro cuando vuestra alteza piensa así; porque es preciso conocer que un lago es lo contrario de una isla; una torre, lo contrario de un pozo; un acueducto, lo contrario de un puente, y yo soy lo contrario de un hombre virtuoso.

LUC. Genaro ha venido con ellos; ten cuidado de que no sufra el menor daño.

YUB. Nada le sucederá.

LUC. ¡Cuánto daría por volverle á ver!

YUB. ¡Pero si vuestra alteza le vé todos los dias! Está alojado por disposicion vuestra en la casucha miserable que enfrenta con vuestros balcones, y vos, detrás de las celosías de palacio, podeis disfrutar la inefable dicha de verle entrar y salir.

LUC. Sí, pero quisiera hablar con él.

YUB. Tampoco es muy difícil. Enviadle con Astolfo el recado de que le esperais en palacio á la hora que se os antoje.

LUC. No se negará á venir?

YUB. Pues no ha de venir! Pero retiraos, porque si no me engaño, viene con sus amigos hácia aquí.

LUC. ¿Siguen creyendo que eres el conde de Belverana?

YUB. Me creen español y que soy uno de sus mejores amigos. Hasta les presto dinero.

LUC. Para qué?

YUB. Pardiez, porque les hace falta.

LUC. Calla! Aquí están. No olvides nada de lo que te he dicho.

Entra en palacio por la pequeña puerta que hay debajo del balcon.

ESCENA II.

YUBETA solo.

¿Quién será Genaro y para qué diablos lo querrá? No me fia todos sus secretos, y precisamente éste excita mi curiosidad. Pues ya que no tiene confianza conmigo en esta ocasion, que se lo averigüe como pueda, que yo no pienso ayudarla. Es extraño este modo de querer á un hombre en la hija de Rodrigo Borgia y de la Vanozza, en una mujer por cuyas venas corre la sangre de la cortesana y la del Papa... ¡Lucrecia Borgia convertirse en amante platónica! De hoy en adelante ya no me asombraré de nada. (Pausa.) Ya están aquí los locos del Carnaval de Venecia; han tenido la peregrina ocurrencia de abandonar un pais neutral y libre para venir á Ferrara, despues de ofender mortalmente á la duquesa. Si yo estuviera en su lugar, no hubiera venido acompañando á los embajadores de Venecia, no me hubiera metido en la garganta del lobo.

ESCENA III.

Dicho, Genaro, Mafeo, Jacobo, Ascanio, Apóstolo y

Ludovico.

Entran dichos señores sin ver á Yubeta, que para observarles se ha arrimado á uno de los pilares que sostienen el balcon. Hablan en voz baja é inquietos.

MAF. Ha sido una verdadera temeridad venir á Ferrara despues de haber ofendido á Lucrecia Borgia.

APÓST. No podíamos hacer otra cosa, despues que nos designó el Senado; porque no hay medio de eludir las órdenes del serenísimo Senado de Venecia. Comprendo, sin embargo, que hemos venido á ponernos enfrente de una enemiga temible que gobierna despóticamente.

JAC. Qué daño puede causarnos? Servimos á la República de Venecia, formamos parte de la embajada, y por lo tanto nuestras personas son sagradas ó inviolables. Tocarnos un solo cabello seria declarar la guerra al Dux, y Ferrara no e3tá en el caso de medir sus fuerzas con Venecia.

GEN. (En un rincon del teatro, sin tomar parte en la conversacion y abstraído.) (Madre de mi alma! Dónde la encontraré!)

MAF. Sin tocarnos un solo cabello de la cabeza pueden tendernos en la sepultura. Los Borgias poseen venenos que matan silenciosamente y mejor que el hacha y el puñal. Acuérdate de qué modo Alejandro VI hizo desaparecer del mundo al sultan Zizimi, hermano de Bayaceto.

LUD. Y á otros muchos.

APÓST. El lance del hermano de Bayaceto es curioso y siniestro. El Papa le persuadió que el rey de Francia le habia envenenado una noche que hicieron colacion juntos; Zizimi lo creyó, y recibió de las blancas manos de Lucrecia Bordia un supuesto contraveneno, que en el espacio de dos horas le mató.

JAC. Parece que ese bravo turco entendia poco de política.

MAF. Los Borgias poseen venenos que matan en un año ó en un dia, como ellos quieren; venenos infames, que hacen el vino más grato al paladar y que excitan á beber. Os creeis ébrio y estais muerto. Otras veces causan debilidad y languidez, hacen arrugar la piel y hundirse los ojos, convierten al jóven en decrepito, y despues de hacerle agonizar lentamente, le hacen morir en dia determinado.

Entonces recuerdan, los demás que hace seis meses ó un año, el hombre que acababa de morir bebió un vaso de Chipre en casa de un Borgia. (Señalando al foro de la plaza.) Precisamente, señores, ahí pasa Montefeltro, á quien quizá conoceis, y que está en el caso que acabo de indicar. Miradle. Se vé pasar por el foro del teatro á un hombre con el cabello blanco, flaco, tembloroso y apoyado en un baston.

ASC. Pobre Montefeltro!

APÓST. Qué edad tiene? MAF. Mi edad, veintinueve años.

LUC. El año pasado yo le ví jóven y fresco como vos.

MAF. Pero hace tres meses cenó con el Papa en su viña de Belvedere.

ASC. Eso es horrible!

MAF. Se cuentan lances extraños en esas cenas de los Borgias. ¡Ved qué desierta está esta plaza! El pueblo no se atreve á aventurarse como nosotros cerca del palacio ducal; teme que el vapor de los tósigos que en él se preparan transpire por las paredes y se derrame en la atmósfera.

ASC. Los embajadores se han presentado hoy al duque y han despachado su comision; nuestro encargo casi está terminado. La comitiva de la embajada se compone de cincuenta caballeros, y aunque nosotros desapareciéramos, nadie lo notaría. Creo que lo más prudente seria que saliéramos de Ferrara.

MAF. Cuanto más pronto mejor.

JAC. Mañana partiremos. Estoy convidado á cenar esta noche en casa de la princesa Negroni, de la que estoy enamorado ciegamente, y no quisiera que creyera que huía por miedo la mujer más hermosa de Ferrara.

LUD. ¿Estais convidado á cenar en casa de la princesa de Negroni?

JAC. Sí.

LUD. Y yo tambien.

ASC. Y yo.

APÓST. Y yo.

MAF. Y yo.

YUB. (Saliendo y presentándose.) Y yo tambien, señores.

JAC. Aquí está el conde de Belverana. Pues bien, iremos todos juntos y pasaremos una noche divertida. ¿No es cierto,

señor conde?

YUB. Mucho espero divertirme.

MAF. (Bajo á Jacobo.) (Si me creyérais no asistiríamos á la cena; el palacio Negroni está junto al del duque, y ese español me parece sumamente falso.)

JAC. (Bajo á Mafeo.) (No tengais manías, Mafeo; la Negroni es una mujer preciosísima de la que estoy enamorado; el conde de Belverana es un excelente hombre, y tengo los mejores informes de él y de su familia. Su padre y el mio estuvieron juntos en el sitio de Granada.)

MAF. (¿Quién os asegura que éste es hijo del que estuvo con vuestro padre?)

JAC. (Si no te atreves á venir al convite no vengas.)

MAF. (Iré si vosotros vais.)

JAC. Nos. acompañareis, Genaro?

ASC. No os ha convidado la Negroni?

GEN. No por cierto; creerá que no siendo noble no puedo cenar con ella.

MAF. Entonces podrás acudir á alguna cita amorosa...

JAC. A propósito de amores; cuéntanos lo que te pasó con Lucrecia Borgia la noche del baile. Parece que está enamorada de tí, y por lo tanto te debió decir cosas muy halagüeñas, aprovechándose de la libertad que dan los bailes. Las mujeres se disfrazan el cuerpo para descubrir con osadía el alma; ya se sabe: cara tapada, corazon desnudo.

Desde hace unos instantes ha aparecido en el balcon Lucrecia, abriendo un poco la celosía para escuchar mejor lo que hablan.

MAF. Lo cierto es que has venido á alojarte frente á frente de sus balcones.

APÓST. Pues eso es peligroso, porque se dice que el duque de Ferrara es muy celoso.

LUD. Decidnos á qué altura se hallan vuestros amores con Lucrecia Borgia.

GEN. Si volveis á hablarme de esa horrible mujer, habrán de salir á relucir las espadas.

LUC. (Ay de mí!)

MAF. No te ofendas, Genaro; esto es una chanza, y por otra parte, no debes extrañar que te hablemos de esa dama cuando vistes sus colores.

GEN. Qué estás diciendo?

MAF. Esa banda...

JAC. Es, efectivamente, de los colores de Lucrecia Borgia.

GEN. Me la ha regalado Fiameta.

MAF. Lo crees así? La que te la envió y la que te la bordó es Lucrecia Borgia.

GEN. Estás cierto? ¿Por dónde lo sabes?

MAF. Me lo ha dicho tu criado, que recibió la banda de sus manos y una buena cantidad.

GEN. Condenacion!

Se arranca la banda, la destroza y la pateo.

LUC. (Ah!) (Cierra la celosía y se vá.)

MAF. Esa mujer es muy hermosa!

JAC. Sí, pero tiene no sé qué sello siniestro impreso en la fisonomía.

MAF. Es un ducado de oro que tiene grabada la efigie de Satanás.

GEN. Maldita sea Lucrecia Borgia! Decís que me ama? Pues bien; ese será su castigo, porque me causa horror. Esto es lo que sucede siempre: cuando una mujer nos ama, es preciso amarla ó aborrecerla, no nos puede ser indiferente; pero á esa mujer no es posible amarla. ¡Qué delito he cometido para que me ame Lucrecia Borgia! Desde la noche en que me la disteis á conocer de un modo tan terrible, no podeis imaginaros cuánto odio á esa mujer malvada. Hasta entonces solo veia á Lucrecia Borgia de lejos, al través del espacio, como un fantasma terrible de pió sobre Italia, como el espectro del mundo. Pero ahora es mi propio espectro que no me deja respirar, que me persigue en: todas partes, que me ama, que se sienta á la cabecera de mi lecho y que quiere acostarse á mi lado. Asesinó al duque de Gravina, asesinó á tu pobre hermano, Mafeo; pues bien, yo os vengaré á entrambos. Hé aquí el abominable palacio de la lujuria, de la traicion, del asesinato y de todos los crímenes; hé aquí el palacio de Lucrecia Borgia. La marca de infamia que yo no puedo imprimir en la frente de esa mujer, la imprimiré en el escudo de armas de su palacio.

Sube sobre un banco de piedra que está debajo del balcon, y con la punta del puñal hace saltar la primera letra del nombre de Borgia, de modo que queda la palabra siguiente: Orgia.

MAF. Qué haces, Genaro?

JAC. Esa letra que has arrancado del apellido de Lucrecia, quizás haga que nos arranquen la cabeza de los hombros.

YUB. Por ese calembour quizá pongan en el tormento mañana á la mitad de la ciudad.

GEN. Si buscan al culpable, yo me presentaré.

YUB. (Me alegraría, para ver el gesto que hacia Lucrecia Borgia.)

Hace pocos momentos han entrado en la plaza Astolfo y Rustiguelo, vestidos de negro, que observan á los forasteros.

MAF. Fijaos en aquellos dos hombres, que nos examinan con curiosidad y cuyo aspecto es alarmante. Oreo prudente que nos separemos. No cometas más locuras, Genaro.

GEN. Vete tranquilo, Mafeo. Deseo que os divirtais mucho esta noche.

Entra en su casa. Los caballeros desaparecen.

ESCENA IV.

Astolfo y Rustiguelo, vestidos de negro.

Astolfo. Qué haces ahí, Rustiguelo?

Rustiguelo. Estoy esperando que te vayas, Astolfo.

AST. De veras?

RUST. Y tú qué haces aquí?

AST. Tambien espero que te vayas.

RUST. A quién buscas, Astolfo?

AST. A un individuo que ha entrado en esa casa. Y tú á quién buscas?

RUST. Al mismo.

AST. Diablo!

RUST. Para qué le buscas?

AST. Para llevarle á la habitacion de la duquesa. Y tú?

RUST. Para llevarle á la habitacion del duque.

AST. Diablo!

RUST. ¿Qué es lo que le espera en el aposento de la duquesa?

AST. Presumo que el amor. ¿Y en el del duque?

RUST. Probablemente la horca.

AST. ¡Pues no sé cómo nos lo vamos á arreglar! No puede estar á la vez en el aposento del duque y en el de la duquesa,

ni ser amante feliz y estar en la horca.

RUST. Aquí tengo un ducado. Juguémonos á cara ó á cruz el apoderarnos de ese hombre.

AST. Juguémonoslo.

RUST. Te prometo que si pierdo le diré al duque que he encontrado el nido sin el pájaro. Tira.

Arroja el ducado al aire.

AST. Cara.

RUST. (Mirando á tierra.) Pierdes, ha salido cruz.

AST. Ahorcarán á ese hombre, porque á tí te pertenece. Adios.

RUST. Buenas noches.

Astolfo desaparece y Rustiguelo abre la puerta que hay bajo el balcon, entra y vuelve á salir poco despues acompañado de cuatro esbirros, con los que vá á llamar á la puerta de la casa donde vive Genaro. Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Una sala en el palacio ducal de Ferrara, entapizada y amueblada como se estilaba en aquella época. - Un sillón forrado de terciopelo encarnado, que tiene bordadas las armas del duque, y al lado una mesa cubierta con tapete de terciopelo del mismo color.—En medio una gran puerta, á la derecha una pequeña, á la izquierda otra igual á ésta, pero disimulada.

ESCENA PRIMERA.

Don Alfonso, ricamente vestido. Rustiguelo, llevando los mismos colores que el duque, pero con traje de tela ordinario.

RUST. Monseñor, he ejecutado vuestras órdenes y espero que me mandeis lo que querais.

Alfonso. Toma esta llave, vé á la galería de Numa, cuenta una por una todas las divisiones de madera que cubren la pared, desde la hermosa figura pintada que representa á Hércules de Este, hijo de Júpiter y uno de mis antepasados: cuando llegues á la décimaquinta division, verás el agujero de una cerradura que está escondida en la boca de una serpiente de bronce. Mete la llave en el agujero y abre; la tabla dará vueltas sobre

sus goznes como una puerta; te enseñará un armario secreto, y dentro de él encontrarás una salvilla de cristal, un frasco de oro y otro de plata y dos copas esmaltadas. En el frasco de plata hay agua clara; en el de oro, vino preparado; llévalo todo conforme está al gabinete inmediato á esta sala, y si alguna vez has visto algun hombre tiritar y sentir sudor frio, oyendo hablar del famoso veneno de los Borgias, te guardarás muy bien de tocar el frasco de oro.

RUST. Qué más, monseñor?

ALF. Desnuda tu mejor espada y escóndete en el gabinete detrás de esa puerta, de modo que oigas todo lo que pase aquí y puedas entrar á la primera señal que yo haga con esta campanilla de plata, cuyo sonido ya conoces. (Señalándole la campanilla que está sobre la mesa.) Si sencillamente te llamo Rustiguelo, entrarás trayéndote la bandeja con las copas y con los frascos; y si te llamo sacudiendo la campanilla, entrarás con la espada desnuda.

RUST. Así lo haré.

ALF. Vete.

Váse Rustiguelo por la puerta pequeña; entra un ujier por la puerta del centro.

UJIER. La señora duquesa pide permiso para hablar á monseñor el duque.

ALF. Que entre.

ESCENA II.

Don Alfonso y Lucrecia.

LUC. (Entrando con ímpetu.) Vengo á pedir os justicia, D. Alfonso, de una infamia que se acaba de cometer. —¿Lo sabéis ya, señor duque?—Acaban de mutilar el apellido de vuestra mujer, grabado bajo las armas de su familia y en la puerta de vuestro propio palacio. Ignoro quién ha sido el temerario que me ha injuriado de ese modo en pleno dia. ¡Y ese infame populacho, que siempre me ha aborrecido, llena toda la plaza, mofándose de mi deshonra! Puede leerse en sus feroces ojos que no tengo la vida segura, y que el que hoy me ha deshonrado, mañana me asesinará. Preparaos á hacerme justicia: creed que yo estimo mucho el aprecio de los

hombres, y que mi esposo no está dispensado de ser mi caballero; no, monseñor; el que se casa debe proteger á u esposa; el que le dá la mano, debe darle el brazo; cumplid, pues, con vuestro deber; cada día recibo nuevas injurias, que veo que no os conmueven. ¿Creeis que el fango que á mí me cubra no os ha de salpicar, D. Alfonso? Si es cierto que me amais, como siempre me estais diciendo, debeis desear mi buena fama, y si estais celoso de mí, debeis manifestar celo por mi gloria. Si con mi dote he hecho crecer vuestros dominios patrimoniales; si os he aportado al matrimonio, no solo la Rosa de Oro y la bendicion de Roma, sino tambien los Estados de Siena, Rímini, Cesena, Espoleto y Piombino, más ciudades y ducados que castillos y baronías poseíais antes de ser mi esposo, esto es un motivo más que suficiente para que vuestros vasallos no me insulten y para que no me traten peor que á la más vil esclava. Os declaro, monseñor, que quiero que este crimen se castigue de un modo espantoso,-y que si así no lo haceis, recurriré al Papa, recurriré al duque de Valentinois, que se encuentra en Forli al frente de quince mil hombres puestos en pié de guerra, y estoy segura de que no me desamparán.

ALF. El crimen de que os quejais ya ha llegado á mi noticia.

LUC. ¡Lo sabeis, monseñor, y aun no habeis descubierto al criminal!

ALF. Lo he descubierto ya.

LUC. ¡Si lo habeis descubierto, estará ya preso!

ALF. Está ya en mi poder.

LUC. ¿Cómo es que no le habeis castigado aun?

ALF. Pronto recibirá el castigo. He querido consultaros antes de castigarle.

LUC. Habeis hecho bien, monseñor. Dónde está?

ALF. Aquí.

LUC. Tanto mejor. Es preciso hacer un escarmiento. Se trata de un delito de lesa majestad, y esta clase de delitos cuestan siempre la cabeza á los que los aconsejan y á los que los ejecutan. Quisiera verle.

ALF. Pues es fácil. Bautista! (El hujier aparece.)

LUC. Oid dos palabras antes de que traigan al culpable. Dadme vuestra palabra de duque soberano de que ese hombre,

sea quien fuere, vasallo, criado,

pariente ó amigo vuestro, no saldrá vivo de aquí.

ALF. Os doy mi palabra, ¿lo habeis oido? Os doy mi palabra.

LUC. Pues bien; que le traigan. Quiero interrogarle yo misma.

ALF. Que traigan aquí al preso.

(Al ujier.)

Se abre la puerta del foro y aparece Genaro desarmado entre dos soldados con mosquetes.

ESCENA III.

Dichos y Genaro.

LUC. (Genaro!)

ALF. (En voz baja y sonriendo irónicamente.) ¿Conoceis á este hombre?

LUC. (Qué fatalidad, Dios mio!)

Le mira con angustia y él aparta la vista de ella.

GEN. Monseñor, aunque solo soy un capitan de aventureros, no os faltaré al respeto con que debo hablaros al dirigiros la pregunta siguiente: ¿Por qué me habeis hecho prender esta mañana en mi propio alojamiento?

ALF. Señor capitan, se ha cometido un crimen enfrente de la casa que habitais. Han mutilado insolentemente en la puerta del palacio ducal las armas de mi muy amada esposa y prima Lucrecia Borgia. Estamos buscando al culpable.

LUC. Esto debe ser una equivocacion, D. Alfonso; este jóven no puede ser el culpable.

ALF. Por qué lo creeis así?

LUC. Estoy segura de ello; este jóven es veneciano, no es hijo de Ferrara.

ALF. Eso no es una prueba.

LUC. Además, el delito se ha cometido esta mañana, y yo sé que ha pasado la mañana en casa de una jóven que se llama Fiameta.

GEN. No he visto á Fiameta desde ayer.

ALF. Han informado mal á vuestra alteza. Yo le preguntaré. Capitan Genaro, ¿sois vos el que ha cometido el crimen?

LUC. Me ahogo aquí! Necesito aire! Necesito respirar!

Se dirige á una ventana, y al pasar por el lado de Genaro le dice en voz baja y con rapidez:

(Dí que no eres tú.)

ALF. (Le ha hablado al pasar.)

GEN. Señor duque, los pescadores de Calabria que me educaron, y que me bañaban en el mar mientras fuí niño, para que llegase á ser hombre vigoroso y osado, me enseñaron que se debe aventurar frecuentemente la vida, pero nunca el honor:—Haz lo que prometas y di lo que hagas.—Señor duque, yo soy el hombre que buskais.

ALF. (Volviéndose hácia Lucrecia.) Recordad que os dí mi palabra de duque soberano.

LUC. Necesito deciros antes dos palabras, monseñor.

El duque hace señas al ujier y á los soldados que custodian á Genaro de que lo saquen á la sala inmediata.

ESCENA IV.

Lucrecia y D. Alfonso.

ALF. Qué teneis que decirme?

LUC. Que no quiero que ese jóven muera.

ALF. Hace un instante entrásteis aquí como la tempestad, llorando de rabia, quejándoos del agravio mortal que habáis recibido y exigiéndome entre injurias y gritos la cabeza del culpable. Exigísteisme la palabra ducal de que no saldría vivo de aquí, os la otorgué lealmente, y ahora no quereis que muera. Vive Dios que no os comprendo!

LUC. Os repito que no quiero que muera ese jóven.

ALF. Señora, los caballeros como yo no empeñan nunca en vano una palabra; la cumplen siempre: os juré que el que os ofendió moriria, y morirá. Dejo á vuestra eleccion la clase de muerte.

LUC. (Aparentando jovialidad y ternura.) Alfonso, esposo mio, ¿no es verdad que parecemos locos los dos? Confieso que yo á veces tengo poco juicio. Mi padre me mimó tanto, que desde la infancia soy víctima de mis caprichos. Lo que queria hace un cuarto de hora ya no lo quiero despues: ya sabeis que siempre he sido así. Sentaos aquí cerca, junto á mí, y hablemos tierna

y cordialmente como marido y mujer que se quieren bien, como dos íntimos amigos.

ALF. (Aparentando galantería.) Aunque sois mi esposa, no habeis dejado nunca de ser mi dama, y me creo feliz cuando me permitís ponerme á vuestros pies.

Se sienta cerca de ella.

LUC. ¡Es una dicha que los esposos vivan bien! Sabeis, Alfonso mio, que os amo tanto como el día que nos casamos, como aquel día que entrásteis deslumbrador en Roma entre César Borgia, mi hermano, y vuestro hermano el cardenal Hipólito de Este. Recuerdo todavía el hermoso caballo blanco que montábais, con arneses cuajados de filigrana de oro; pero sobre todo recuerdo vuestra apostura ilustre y regia, que no permitia que os confundierais con ninguno de la comitiva.

ALF. Recuerdo tambien que vos estábais bellísima y majestuosa debajo del dosel de brocado de plata.

LUC. No habéis de mí, monseñor, cuando me ocupo de vos. Lo cierto es que todas las princesas de Europa me envidian por haberme desposado con el más apuesto caballero de la cristiandad, y yo os amo como si tuviera diez y ocho años, bien lo sabeis, Alfonso. A veces os pareceré fria y distraida, pero esto dimana de mi carácter, no de mi corazón. Si me reprendierais con suavidad, pronto me corregiria. ¡Es muy agradable quererse como nos queremos!... ¿No se os antoja una ridiculez que un príncipe y una princesa como nosotros, que se sientan en un trono ducal y que se quieren como nosotros nos queremos, hayan estado á punto de desazonarse por un triste capitanzuelo veneciano? Echémosle de aquí y no nos ocupemos ya de semejante hombre. ¿Sabeis, Alfonso, que si la corona que heredásteis se hubiera de adjudicar al caballero más galan de Ferrara, no os la podria disputar nadie? Antes que se me olvide, voy á decir de vuestra parte á Bautista que haga salir al instante de Ferrara á ese capitancillo.

ALF. No corre prisa.

LUC. (Aparentando jovialidad.) Quisiera no ocuparme ya de él. Vamos, esposo, dejadme que termine este asunto á mi modo.

ALF. No puede ser.

LUC. Pues no teneis razon para querer que muera ese

hombre.

ALF. Y la promesa que os hice? La palabra de un caballero es sagrada.

LUC. Eso es bueno para decírselo al pueblo, pero nosotros ya sabemos eso lo que significa. El Papa prometió á Carlos VIII de Francia no atentar contra la vida de Zizimi, y esto no obstante Su Santidad le hizo morir. El duque de Valentinois se entregó en rehenes bajo palabra de honor al hijo de Cárlos VIII, y en el momento que pudo se fugó del campamento francés. Vos mismo prometisteis á Petrucci devolverle su feudo de Siena y no se lo habeis devuelto. La historia de este país está llena de estos ejemplos.

ALF. Sin embargo, una palabra empeñada...

LUC. No me deis tan fútiles razones.

Decidme que teneis algun motivo para odiar á Genaro, y si no es así, salvadle la vida. No debeis oponeros á ello si á mí me place perdonarle, siendo como soy la ofendida.

ALF. Precisamente porque sois la ofendida no le quiero perdonar.

LUC. Si me amais, no me negueis lo que os pido. Quiero probar á ser clemente, para ver si consigo que no me aborrezcan vuestros vasallos: ser misericordiosos es imitar á Jesús. Demasiados tiranos oprimen ya á la pobre Italia. Os suplico que deis libertad á Genaro; será un capricho mio si quereis, pero el capricho de la mujer se convierte en sagrado y augusto cuando tiene por objeto salvar la vida de un hombre.

ALF. No os puedo complacer.

LUC. Por qué no podeis?

ALF. Quereis que os sea franco?

LUC. Sí; quiero saber por qué.

ALF. Porque ese capitan es vuestro amante.

LUC. Cielos! Qué decís!...

ALF. Porque fuisteis tras él á Venecia, y le iríais á buscar hasta el infierno; porque seguí vuestros pasos, mientras seguíais los suyos; porque os he visto enmascarada y sin aliento abalanzaros á él, como la loba contra su presa; porque hace poco queríais devorarle con los ojos, encendidos y arrasados en llanto; porque sin duda os habeis prostituido á él:

y basta ya de oprobio, de infamia y de adulterio. Es hora ya de que venga mi honor y que haga correr arroyos de sangre alrededor de mi lecho.

LUC. D. Alfonso!

ALF. Silencio! Vigilad desde ahora á vuestros amantes; colocad un ujier á la puerta de vuestro cuarto por donde entren, que á la puerta por donde salgan yo colocaré un portero... el verdugo.

LUC. Monseñor, os juro...

ALF. No jureis en vano; los juramentos sirven para hacérselos creer al pueblo; no me alegueis esas fútiles razones.

LUC. Si supiérais...

ALF. A pesar de abominar á toda vuestra familia, á la familia de los Borgias, os he amado locamente; pero es preciso que sepais que ha sido una cosa vergonzosa é inaudita aliar vuestras dos personas; la casa de Este con la familia de los Borgias, que ni siquiera puede llevar legítimamente este apellido. Me causa horror vuestro hermano César, que tiene manchas de sangre naturales en el rostro y que asesinó á vuestro hermano Juan; me causa horror vuestra madre Rosa Vanozza, la mujer española de vida alegre, que despues de escandalizar á Roma escandalizó á Valencia, y vuestros supuestos sobrinos, los duques de Sermonets y de Nepi, señores de ducados robados.—Dejadme concluir. Me causa horror vuestro padre, que, siendo Papa, tiene un serrallo; vuestro padre, que es el Antecristo; vuestro padre, que llena los presidios de hombres ilustres y el Sacro Colegio de bandidos.

LUC. Monseñor, os pido perdon arrodillada, en nombre de Jesús y de María, en nombre de vuestro padre y de vuestra madre, os pido perdon para el capitan Genaro.

ALF. Mucho le amais! Os permito que hagais de su cadáver lo que os plazca. Dentro de una hora ya no existirá.

LUC. Perdonadle!

ALF. Si pudiérais comprender el firme propósito que me anima, no me importunaríais más.

LUC. (Levantándose.) Entonces, temblad, Alfonso, duque de Ferrara, mi cuarto esposo.

ALF. No cometais la locura de amenazarme; no os temo,

porque conozco vuestras mañas. No me dejaré envenenar como vuestro primer marido; no dejaré que me echeis de mis Estados como el imbécil Juan Esforcia, señor de Pésaro, vuestro segundo esposo; no me dejaré asesinar en el tramo de una escalera, como vuestro tercer marido D. Alfonso de Aragon; yo soy, señora, más varonil. El nombre de Hércules ha sido muy comun en mi familia, y mis soldados llenan la corte y todos mis dominios. Soy soldado también, y por fortuna no he vendido aun, como el infeliz rey de Nápoles, mi cañones al Papa, vuestro padre.

LUC. Os arrepentireis de esas palabras, D. Alfonso.

ALF. Sé quién sois, pero también sé dónde estais; sé que sois hija del Papa, pero no estais en Roma; gobernais en Espoleto, pero no vivís allí, y sois la mujer, la súbdita y la sierva de Alfonso, duque de Ferrara, y estais en Ferrara, de donde no volveréis á salir.

Lucrecia, pálida de terror y de cólera, mira fijamente al duque y retrocede lentamente hasta caer en un sillón exánime y desfallecida.

Os asombráis y me teneis miedo? Hasta ahora lo he tenido yo de vos; pero de hoy en adelante se han trocado nuestros papeles, y para empezar, éste será el primero de vuestros amantes que vá á morir.

LUC. (Con voz apagada.) Reflexionemos un poco, D. Alfonso: si ese hombre cometió contra mí el delito de que se le acusa, no puede creerse que sea mi amante.

ALF. Por qué no? Pudo cometerlo en un acceso de despecho, de cólera ó de celos. De todos modos, es mi irremisible voluntad que muera. He llenado el palacio de soldados fieles, que no le dejarán escapar, y vos no lo podreis impedir. Dejá á vuestra eleccion el género de muerte que se le debia dar; decidios, pues.

LUC. Dios mio! Dios mio!

ALF. No os decidís? Pues voy á mandar que le maten á cuchilladas.

Vá á salir y ella le coge por el brazo.

LUC. Deteneos!

ALF. ¿Quereis servirle vos misma un vaso de vino de Siracusa?

LUC. Pobre Genaro!

ALF. Es preciso que muera.

LUC. Pero no á cuchilladas.

ALF. Pues elegid otro género de muerte.

LUC. El otro.

ALF. Pues no os equivoqueis, y servidle vino del frasco de oro... estaré yo presente... no creais que me voy á alejar de aquí.

LUC. Cumpliré vuestra voluntad.

ALF. Bautista! (Aparece el ujier.)

Traed al preso.

LUC. Sois hombre feroz!

ESCENA V.

Dichos, Genaro y guardias.

ALF. He sabido que lo que hicisteis esta mañana fue una calaverada sin intencion y sin malicia, por lo que mi querida esposa la duquesa os perdona, porque simpatiza con los valientes. Siendo esto así, podeis volver sano y salvo á Venecia; no quiero privar á la República de tan buen servidor y á la cristiandad de un brazo fuerte y fiel que la defienda, cuando cruzan las aguas de Candía y de Chipre tantos idólatras y turcos.

GEN. Confieso que no me esperaba este desenlace, y doy las gracias á vuestra alteza. La clemencia es virtud propia de príncipes, y Dios perdonará en el cielo al que perdona á sus enemigos en la tierra.

ALF. ¿Paga bien la República al que le sirve? ¿Cuánto ganais cada año, capitan?

GEN. Mantengo una compañía de cincuenta lanzas y la serenísima República me dá dos mil cequíes al año, además del botín y de los gajes.

ALF. ¿Os pasaríais á mi servicio si os ofreciera cuatro mil cequíes?

GEN. No puedo, señor; estoy ligado por ocho años, bajo juramento, al servicio de la República, y todavía me faltan cinco.

ALF. En ese caso no hablemos más de esto.

GEN. Sabeis que no me he valido de ninguna cobardía para

que me concedierais la vida; pero ya que me habeis perdonado, voy á revelar á vuestra alteza un secreto. Recordareis que se verificó hace dos años el sitio de Faenza. en el que el duque de Hércules, vuestro padre, se vió muy apurado; dos escopeteros del duque de Valentinois iban á matarle y un soldado aventurero le salvó la vida.

ALF. Lo sé, y nunca pude encontrar á ese soldado.

GEN. Fuí yo.

ALF. Pues esa accion merece recompensa, capitan. Aceptad esta bolsa que contiene cequíes de oro.

GEN. Cuando nos alistamos bajo las banderas de la República, juramos no tomar nunca dinero de los príncipes extranjeros; sin embargo, si me lo permitís, recibiré la suma y la repartiré entre estos bravos soldados.

Señalando á los guardias que le custodian.

ALF. Me parece bien.

Genaro toma el bolsillo.

Ya que no aceptais el dinero, me hareis al menos el favor de beber un vaso de vino de Siracusa conmigo, en señal de buena amistad, como era usanza entre nuestros antepasados.

GEN. Eso, monseñor, lo acepto.

ALF. Para honraros, como se debe honrar al que salvó la vida de mi padre, deseo que la duquesa sea vuestra escanciadora.

Genaro se inclina en señal de asentimiento y se vá al fondo del teatro á repartir el dinero á los soldados que están allí formados.

Rustiguelo!

Sale Rustiguelo con la bandeja y las copas.

Déjalo todo ahí.

Rustiguelo deja lo que trae sobre la mesa.

(Rustiguelo, vuelve á colocarte detrás de la puerta con la espada desenvainada; si oyes sonar la campanilla, entra al instante.) (Se vá Rustiguelo.)

(A Lucrecia.) (Ya habeis oido, señora, lo que le acabo de decir; escanciareis la bebida al capitan, del frasco de oro.)

LUC. (Sí... Si supierais lo que haceis en este momento, os estremeceríais, á pesar de ser hombre sin corazon.)

ALF. (No os equivoqueis de frasco.) No venís, capitan?

Genaro, despues de repartir el dinero á los soldados, se acerca á la mesa. El duque llena una de las copas esmaltadas con el frasco de plata y hace ademán de beber.

GEN. Me confunden vuestras bondades, monseñor.

ALF. Duquesa, echad vino al capitan. Qué edad teneis?

GEN. (Tomando la otra copa y presentándosela á Lucrecia.) Veinte años.

ALF. (Bajo á la duquesa, que intenta tomar el frasco de plata.) (El frasco de oro, señora.)

Lucrecia lo toma temblando.

ALF. Debeis estar enamorado.

GEN. A mi edad lo está todo el mundo.

ALF. Sabeis, duquesa, que hubiera sido cruel quitar la vida al capitan á los veinte años, no dejarle gozar del bello sol de Italia, de los banquetes, de los bailes, de los alegres carnavales de Venecia... pero... ¿no echais vino al capitan? (En voz baja.) (Si titubeais, mando entrar á Rustiguelo.)

Lucrecia echa vino á Genaro en la copa sin decir palabra.

GEN. Os agradezco que me hayais perdonado la vida, sobre todo por mi pobre madre.

LUC. (Oh, qué horror!)

ALF. (Bebiendo.) ¡A vuestra salud, capitan Genaro!

GEN. (Bebiendo.) A la vuestra, señor duque, y á la de la señora duquesa.

LUC. (Cielos!)

ALF. (Hemos terminado este asunto.) Ahora que ya hemos brindado, os dejo, capitan, y podeis volver á Venecia cuando querais. (En voz baja á Lucrecia.) (Os dejo sola con él; aprovechaos de mi ausencia para despediros; ya sabeis el tiempo que le queda de vida.)

ESCENA VI.

Lucrecia y Genaro.

Se vé durante la escena á Rustiguelo inmóvil detrás de la puerta.

LUC. Genaro, estás envenenado!

GEN. Envenenado!

LUC. Sí, no lo dudes.

GEN. Debería haberlo sospechado, sirviéndome vos el vino de Siracusa.

LUC. No me desesperes, Genaro, quitándome las pocas

fuerzas que me quedan y que necesito conservar durante algunos instantes. El duque está celoso

de tí, el duque cree que eres mi amante. El duque me ha puesto en la alternativa de que te matase Rustiguelo á estocadas ó de que te envenenase yo, y corre por tus venas el más activo de los tósigos, cuya idea hace estremecer á todos los italianos que saben la historia de los veinte años últimos.

GEN. Será el veneno de los Borgias?

LUC. Ese es el que bebiste; solo conocemos el contraveneno que impide sus estragos mi padre, mi hermano y yo. Esta redoma que llevo encima de mí es la salud y es la vida; en cuanto caiga en tus labios una gota, estás salvado.

Saca la redoma y quiere hacerle beber.

GEN. (Retrocediendo y clavando en ella las miradas.)

¿Quién me asegura que no es ese el verdadero veneno?

LUC. Dios mio! (Cayendo abatida en el sillón.)

GEN. Os llamais Lucrecia Borgia, y yo no ignoro la historia del hermano de Bayaceto. Al infeliz le aseguraron que le habia envenenado el rey de Francia, y le dieron un contraveneno que le quitó la vida. La mano que esto hizo es la misma que me presenta la redoma, y la boca que le dijo que bebiera es la misma que me habla.

LUC. Miserable de mí!

GEN. No imagineis, señora, que doy crédito á vuestro aparente amor; creo, por el contrario, que teneis sobre mí algun designio siniestro y que debéis saber quién soy yo. Estoy leyendo en vuestra fisonomía que lo sabéis, y comprendo que alguna razon poderosísima os impide revelármelo. Quizás vuestra familia conoce á la mia, quizás me habeis envenenado, no para vengaros de mí, sino de alguno de mis deudos: tal vez de mi madre.

LUC. De tu madre! Quizás Genaro sueñas que es una mujer virtuosa; ¿y si fuese criminal como yo?

GEN. No la calumnieis, señora. Mi madre no debe parecerse á Lucrecia Borgia. La siento dentro de mi corazón y me la represento sin duda como es; no la idolatraría si no fuera digna de mí; el corazón de un hijo no se equivoca respecto á su madre. La odiaría si se os pareciese; pero no, es imposible. Estoy seguro de ello: si existe una mujer inocente, virtuosa y santa, es mi madre. Vos, que debéis conocerla, no me

dementireis.

LUC. No, Genaro, no conozco á esa mujer ni á esa madre.

Gen, No sé por qué os hablo de esto. ¿Qué os importan las penas y los placeres de una madre? Segun se dice, nunca habeis tenido hijos; fuisteis afortunada, porque si tuviérais hijos renegarían de vos. ¡Quién querría ser hijo de Lucrecia Borgia!

LUC. Genaro, estás envenenado, el duque te cree muerto, pero puede volver aquí de un momento á otro. Solo debiera pensar en salvarte, pero me has dicho cosas tan terribles, que al oirlas me quedé petrificada.

GEN. Os ofendí á mi pesar, pero...

LUC. Acabemos, el tiempo vuela; despréciame y aborrécame, pero estás envenenado y quiero que bebas en seguida este contraveneno.

GEN. Estoy dudando á quién he de creer; el duque es leal y salvé la vida de su padre; á vos os he ofendido y querreis vengaros de mí.

LUC. Vengarme de tí! Si fuera posible dar mi vida por añadir una hora á la tuya, si fuera posible derramando toda mi sangre impedir que vertieses una sola lágrima, si fuera necesario que yo subiera al cadalso para que te sentases tú en el trono, no titubearía un solo instante y me sacrificaría por tí. Nunca adivinarás lo que pasa en mi pobre corazon, ni que le posees exclusivamente. Pero Genaro, el tiempo vuela, el veneno vá haciendo su camino, y dentro de pocos instantes ya no habrá remedio para tí. Ten en mí confianza, ten lástima de tí mismo y de mí. ¡En nombre del cielo, bebe!

GEN. Beberé; si en mí cometéis algun crimen, que caiga sobre vuestra cabeza. De todos modos, la vida no merece la pena de disputarla tanto. Dadme.

(Toma la redoma y bebe.)

LUC. Se salvó! Ahora es preciso que vuelvas á Venecia á escape. ¿Te hace falta dinero?

GEN. No, tengo.

LUC. Como el duque te cree muerto, será fácil ocultarle tu fuga. Parte, pero toma esta redoma, guárdala y llévala siempre encima. En estos tiempos el veneno es el plato de todas las mesas. Y tú corres más peligro que los demás. (Abriendo la

puerta secreta y enseñándosela.) Baja por esta escalera, que sale al patio del palacio Negróni, y desde allí á la calle. No esperes á mañana; inmediatamente sal de Ferrara. Huye, sin volver la vista atrás. Vete, pero antes oye mis últimas palabras.

GEN. Hablad, señora.

LUC. Me despido para siempre de tí, porque ya no es posible que nos veamos nunca. Verte era mi única felicidad, pero

renuncio á ella por no arriesgar tu vida. ¿No me dirás, pues, Genaro mio, alguna palabra cariñosa antes de separarnos uno de otro por toda una eternidad?

GEN. Señora... (Bajando los ojos.)

LUC. Ya ves que acabo de salvarte la vida...

GEN. Vos lo decís... pero no veo claro nada de lo que me sucede... y no sé qué creer... todo os lo perdono, excepto una cosa.

LUC. Qué cosa?

GEN. Juradme por lo más sagrado que haya para vos en el mundo, por mi propia existencia, ya que decís que me idolatrais, juradme por la salvacion de mi alma que vuestros crímenes no han contribuido á la desgracia de mi madre.

LUC. Genaro, no sé mentirte; no te lo puedo jurar.

GEN. ¡Entonces, madre mia, esta es la mujer horrible que ha causado tu infortunio!

LUC. Genaro!

GEN. Me lo habeis confesado! ¡Maldita seas!

LUC. Dios te bendiga, Genaro!

Cae desmayada en el sillón.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La decoracion del segundo acto.—La plaza de Ferrara con el palacio ducal á una parte y la casa de Genaro á la otra; es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Don Alfonso y Rustiguelo, embozados.

RUST. Eso es lo que ha sucedido, monseñor; le dió á beber no sé qué filtro, que le volvió la vida, y le hizo escapar por la puerta secreta que sale al patio del palacio Negroni.

ALF. Por qué lo permitiste?

RUST. No lo pude impedir; la duquesa pasó el cerrojo á la puerta donde estaba yo vigilando y me encerró.

ALF. Debiste haber hecho pedazos la puerta.
RUST. No era empresa fácil romper una puerta de encina, forrada de hierro.
ALF. Debiste despasar los cerrojos, entrar y matarle.
RUST. Suponiendo que yo hubiera podido forzar la puerta, debeis comprender que la duquesa se hubiera puesto delante del capitan, cubriéndole con su cuerpo, y quizás hubiera sido indispensable matarla.
ALF. Bien, y qué?
RUST. No tenia yo órden para tanto.
ALF. Pues los buenos servidores son los que saben adivinar los pensamientos íntimos de sus señores.
RUST. Además, hubiera temido comprometeros con el Papa.
ALF. Sin matarla, podías haber llamado, pedir auxilio é impedir que se escapase su amante.
RUST. Sí, monseñor, y mañana vuestra alteza se hubiera reconciliado con su esposa, y pasado mañana vuestra esposa me hubiera hecho ahorcar.
ALF. Basta. Dices que nada se ha perdido...
RUST. Lo digo y me afirmo en ello. La luz que veis en la ventana de casa del capitan indica que éste no ha salido aun de Ferrara. Su criado, que habia sobornado la duquesa, ahora le he sobornado yo y me ha enterado de todo. En este instante está esperando á su señor detrás de la ciudadela con dos caballos ensillados. El capitan saldrá de su casa en seguida para ir á reunirse con el criado.
ALF. Entonces embosquémonos en esta esquina. Como la noche es muy oscura, no es posible que nos vea, y cuando pase lo matas.
RUST. Como querais.
ALF. ¿Es buena la espada que llevas?
RUST. Excelente.
ALF. Llevas tambien algun puñal?
RUST. Hay dos cosas que no se encuentran fácilmente en el mundo: un italiano sin puñal y una italiana sin amante.
ALF. Pues bien; que no se escape.
RUST. Pero señor duque, ¿por qué no mandais que la justicia le prenda y le ahorque?
ALF. Porque es vasallo de Venecia, y eso equivaldría á

declarar la guerra á la República. Una puñalada no se sabe de dónde sale y no compromete á nadie. Mejor hubiera sido que hubiese muerto envenenado, pero no ha podido ser.

RUST. En ese caso iré á buscar tres ó cuatro esbirros, y le despacharemos sin que vuestra alteza se tome la molestia de mezclarse en este asunto.

ALF. Maquiavelo dice que en casos semejantes es mejor que los príncipes mismos despachen sus asuntos.

RUST. Monseñor, me parece que oigo pasos.

ALF. Pues arrimémonos bien á la pared.

Se ocultan en el sitio más oscuro debajo del balcon. Mafeo, vestido para ir al convite, sale y llama á la puerta de casa de Genaro.

ESCENA II.

Mafeo y Genaro, Alfonso y Rustiguelo escondidos.

MAF. Genaro! (Llamando.)

GENARO abre la puerta.

GEN. Eres tú? Quieres entrar?

MAF. No; solo vengo á decirte dos palabras. ¿Decididamente no vienes á cenar con nosotros en casa de la princesa Negroni?

GEN. No estoy convidado.

MAF. Yo te presentaré.

GEN. Tengo además otro motivo que no quiero ocultarte. Voy á salir en seguida de Ferrara.

MAF. Te vas de aquí?

GEN. Dentro de un cuarto de hora.

MAF. Por qué motivo?

GEN. Te lo diré en Venecia.

MAF. Es cuestion de amores?

GEN. Sí... cuestion de amores.

MAF. Te portas mal conmigo, Genaro; juramos no separarnos nunca, vivir siempre juntos y como hermanos, y te vas y me dejas aquí solo.

GEN. Vente conmigo.

MAF. Al contrario; vale mucho más pasar la noche cenando con hermosa mujeres y con alegres convidados, que galopando por el camino real y expuestos á encontrar

ladrones y precipicios.

GEN. Esta mañana no tenías gran confianza en la princesa Negroni.

MAF. He adquirido noticias y sé que Jacobo tenía razón. Es una mujer alegre y encantadora y muy apasionada a la música y a los versos. Vamos, ven conmigo.

GEN. No puedo.

MAF. Haces mal en partir en noche tan oscura, en la que pueden asesinarte en el camino.

GEN. No tengas cuidado. Adios y diviértete mucho.

MAF. No sé por qué auguro mal de tu viaje.

GEN. Y yo no sé por qué auguro mal de tu banquete.

MAF. Si te sucediese alguna desgracia no estando yo...

GEN. ¿Quién sabe si no me reprocharé mañana haberte abandonado esta noche?

MAF. Lo mejor es que no nos separemos. Cedamos un poco cada uno. Ven conmigo esta noche al palacio de Negroni, y mañana, al rayar el día, saldremos juntos de Ferrara. Convenido?

GEN. Será preciso que te refiera los motivos de mi súbita partida, para que me des completamente la razón.

Se acerca mucho a Mafeo y le habla al oído.

RUST. (Bajo al duque.) (Le acometo?)

ALF. (Espera, veamos en qué para esto.)

MAF. (Riendo después de haber oído la relación de GENARO.) Genaro, se están burlando de tí! En esa aventura no existe ni veneno ni contraveneno; todo es pura farsa. En el fondo yo solo veo que Lucrecia está enamorada de tí, y que te ha hecho creer que te salvaba la vida para que se lo agradezcas y para que la ames. El duque es un buen hombre, incapaz de envenenar ni de asesinar a nadie; además, de que sabe que te debe la vida de su padre. La duquesa quiere que te ausentes, pero eso no es extraño, porque en Venecia podreis veros con menos riesgo que en Ferrara; un marido siempre estorba algo. La cena de la princesa de Negroni debe ser deliciosísima, y es preciso que vengas. Qué diablo! Se debe raciocinar un poco y no exagerar nada. Porque en dos ó tres banquetes famosos los Borgias hayan envenenado con excelentes vinos a algunos de sus mejores amigos, no debemos dejar de asistir a las cenas; no

debemos creer que en todas las botellas de Siracusa han echado sus filtros, y que todas las princesas de Italia sean Lucrecias Borgias. Vamos, Genaro, acompáñame al banquete. GEN. En realidad, hay algo de bochornoso en huir de noche, como si tuviese miedo; y por otra parte, si hay peligro en quedarse en Ferrara, no debo abandonarte y no te abandonaré. Esto será correr un azar como otro cualquiera y debemos arrostrarle juntos. Me presentarás á la princesa Negroni. Voy contigo.

MAF. (Abrazándole.) ¡Eso se llama ser un buen amigo!

Se alejan en la plaza hasta el foro; Don Alfonso y Rustiguelo salen de su escondite.

RUST. (Con la espada desnuda.) ¿Qué esperamos, monseñor? Son dos; acometed á uno y yo me encargo del otro.

ALF. No, Rustiguelo. Me he enterado de que van á cenar en casa de la princesa Negroni...

Se interrumpe, calla un instante y despues se echa á reir.

Pardiez! De este modo será mejor y más graciosa la aventura. Esperemos hasta mañana.

Entran en el palacio.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Salon magnífico en el palacio de Negroni. A la derecha una puerta falsa. En el fondo otra grande y ancha de dos hojas. En el medio de la escena una mesa de comer, soberbiamente arreglada segun la moda del siglo XVI. Dos pajecillos negros, vestidos de brocado de oro, dan vueltas alrededor de la mesa. —Cuando se levanta el telon aparecen cenando catorce convidados, entre ellos JACOBO, ASCANIO, MAFEO, LUDOVICO, APÓSTOLO, GENARO y YUBETA, y siete hermosas damas lujosamente vestidas. Todos comen, beben y ríen á carcajadas, menos GENARO, que está pensativo y silencioso.

ESCENA PRIMERA.

Apóstolo, Mafeo, Ascanio, Jacobo,. Yubeta, la princesa Negroni, Ludovico, Genaro, convidados y convidadas y pajes.

APÓST. Viva el vino de Jerez! Jerez de la Frontera es una

ciudad que debía estar en el paraíso.

MAF. (Con la copa en la mano.) El vino que bebemos vale más que las historias que nos cuenta Jacobo.

ASC. A Jacobo le acomete la manía de referir historias cuando está gris.

APÓST. Así lo hizo en Venecia en el palacio del serenísimo dux Barbarigo, y así lo hace en Ferrara en casa de la divina princesa de Negroni.

JAC. Pero el otro día relató una historia lúgubre, y hoy refiero una historia alegre.

MAF. La historia de D. Silíceo, caballero, buen mozo y de treinta años, que perdió su patrimonio en el juego y se casó con la opulenta marquesa Calpurnia, que ella misma confesaba haber cumplido cuarenta y ocho primaveras. Es acaso alegre?

YUB. Es triste y comun; es la historia de un hombre arruinado, que se casa con las ruinas de una mujer; eso lo estamos viendo todos los días.

De vez en cuando algunos de los convidados se levantan de la mesa y van a hablar con los de la otra parte, mientras que la orgía continúa.

NEGRONI. (A Mafeo, señalándole a GENARO.)

Conde Orsini, parece que esté muy triste, el amigo que está a vuestro lado.

MAF. Siempre está así. Perdonadme, señora, que le haya traído a vuestro palacio sin que le hubieseis invitado; es mi querido compañero de armas; me salvó la vida en el asalto de Rímini, y yo recibí en el ataque del puente de Vicenzia un mandoble que iba destinado a él. No nos separamos nunca y vivimos juntos. Un gitano nos pronosticó que moriríamos el mismo día.

NEG. (Riendo.) ¿No os dijo si moriríais de día ó de noche?

MAF. Nos predijo que sería por la mañana.

NEG. (Riendo más fuerte.) Pues ese gitano no supo lo que se decía. ¿Quereis mucho a ese jóven?

MAF. Cuanto puede querer un hombre a otro.

NEG. Si no necesitais más que ese cariño, sereis muy dichoso.

MAF. La amistad no puede llenar todo el corazón.

NEG. ¿Que hay algo que llene todo el corazón?

MAF. El amor.
NEG. ¡Siempre teneis el amor en los labios!
MAF. Y vos en los ojos.
NEG. Sois muy singular!
MAF. Sois muy hermosa!
Cogiéndola por el talle.
NEG. Conde Orsini, dejadme.
MAF. Permitidme besar vuestra mano.
NEG. No, no.
Se le escapa.
YUB. (A Mafeo.) Parece que vais bien con la princesa.
MAF. Al contrario, siempre me dice que no.
YUB. En la boca de la mujer, no es hermano mayor de sí.
JAC. (Abordando á MARFEO.) ¿Qué te parece la princesa Negroni?
MAF. Que es una mujer adorable y que empieza á hacerme cosquillas en el corazón.
JAC. Y el banquete?
MAF. Que es una orgía completa.
JAC. La princesa es viuda.
MAF. Bien se conoce en su carácter alegre.
JAC. Creo que ya no desconfiarás de su cena...
MAF. De ningún modo; estaba yo loco.
JAC. (A YUBETA.) Conde de Belverana,

¿creeréis que Mafeo tenía miedo de venir á cenar en casa de la princesa?

YUB. Por qué tenía miedo?

JAC. Porque el palacio Negroni está pegado al de los Borgias.

YUB. ¡Vayan al diablo los Borgias y bebamos!

JAC. (En voz baja á MAFEO.) (Me complace que Belverana no pueda ver á los Borgias.)

MAF. (En efecto, está siempre maldiciéndolos, pero sin embargo...)

JAC. (Qué?)

MAF. (Estoy observando que ese buen español no ha bebido todavía más que agua.)

JAC. (Ya vuelves á sospechar? Tienes el vino muy monótono.)

MAF. (Quizás me equivoque; no hagas caso de ello.)

JAC. (Bajo á MAFEO.) (Creo que no dudarás de que es español; lo menos tiene veinte nombres de pila.)

YUB. (Es preciso buscar un pretexto para que las damas salgan de aquí. No sé cómo conseguirlo.)

Vuelve á ocupar su asiento en la mesa.

LUD. (Bebiendo.) Os aseguro, señores, que no haya pasado nunca una noche tan deliciosa. Probad este vino, señoras; es más dulce que el Lacrima-Christi y más ardiente que el vino de Chipre. Es vino de Siracusa. Es vino

YUB. (Parece que Ludovico está ébrio.)

LUD. Señoras, deseo recitaros unos versos que acabo de componer. Desearía ser un verdadero poeta para celebrar dignamente tan admirables festines.

YUB. Yo quisiera ser muy rico para dar á mis amigos banquetes como este.

LUD. Nada es tan agradable como cantar á una mujer hermosa y á una buena cena.

YUB. Como no sea abrazar á la primera y comerse la segunda.

LUD. Quisiera ser un gran poeta para remontarme hasta el cielo, quisiera tener alas...

YUB. Y yo dos alones de faisán en el plato.

LUD. Sin embargo, os recitaré un soneto.

YUB. Señor marqués, guardad el soneto para mejor ocasion y dejadnos beber en paz.

LUD. Me dispensais de recitarlo?

YUB. Como dispense á los perros de que me muerdan.

LUD. ¡Vive Dios que me estais insultando!...

YUB. No os insulto, pero no tengo ganas de oír sonetos. Más apetece mi garganta un vaso de vino de Chipre que mis oídos una poesía.

LUD. Si seguís así, os arranco las orejas y os las clavo en los talones.

YUB. Sois un hombre absurdo; no he visto nunca ningún zopenco que se embriague con vino de Siracusa y que parezca que se ha emborrachado con cerveza mala.

LUD. Si me seguís insultando, os voy á partir en cuatro pedazos.

YUB. Eso sí que yo no lo haré; no sé trinchar pajaracos como vos; señora, quereis un poco de faisán?

LUD. (Apoderándose de un cuchillo.) ¡Vive Dios que voy á sacarle las tripas á ese bellaco, aunque sea más ilustre que el mismo emperador!

LAS DAMAS. (Levantándose de la mesa asustadas.)

Cielos, van á batirse!

Los caballeros. Refrenaos, Ludovico.

Desarman á Ludovico, que quiere arrojarse sobre Yubeta. Entro tanto las damas han desaparecido por la puerta lateral.

LUD. (Forcejeando.) Vive Dios!

YUB. Versificais tan bien, mi querido poeta, que habeis hecho huir á las damas.

JAC. Es verdad; ¿por qué se habrán ido?

MAF. Porque se asustaron.

ASC. Ya volverán.

LUD. Mañana nos veremos las caras, condesillo de Belverana.

YUB. Mañana ó cuando querais.

JAC. Basta, señores; pasemos la noche en paz, que mañana ya os dareis de estocadas si esto os place; mañana podreis reñir como caballeros, con la espada y no con el cuchillo.

ASC. A propósito, ¿qué ha sido de nuestras espadas?

APÓST. ¿Te has olvidado que nos las hicieron dejar en la

antesala?

YUB. Y fué hábil precaucion, porque de otro modo nos hubiéramos batido delante de las damas, suceso que hubiera avergonzado hasta á los carreteros flamencos, que se emborrachan mascando tabaco.

GEN. Ha sido buena precaucion.

MAF. (¡Gracias á Dios que dices una palabra! Ni has hablado desde que principió la cena ni has bebido. Qué tienes? Estás pensando en Lucrecia Borgia? Por más que lo niegues, comprendo que estás enamorado de ella.)

GEN. Echame vino, Mafeo; ni en la mesa ni el juego abandono yo á mis amigos.

UN PAJE. (Con dos botellas en las manos.) Señores, ¿quereis vino de Chipre ó de Siracusa?

MAF. De Siracusa es mejor. (El paje llena todas las copas.)

JAC. Por Ludovico quizás las damas hayan resuelto no volver.

Se acerca sucesivamente á las dos puertas y las empuja.

Señores, nos han cerrado las puertas por fuera.

MAF. ¡Ahora os toca tener miedo á vos, Jacobo! Pero esto es muy sencillo; las han cerrado porque no quieren que las sigamos.

GEN. Bebamos, señores!

Chocan las copas unas con otras.

MAF. A tu salud, Genaro! ¡Para que encuentres pronto á tu madre!

GEN. Dios te oiga!

Todos beben, excepto YUBETA, que echa el vino al suelo.

MAF. (Bajo á JACOBO.) (Ahora lo he visto bien.)

JAC. (Qué has visto?)

MAF. (Que el español no ha bebido y que ha echado en tierra el vino.)

JAC. (Está borracho y tú tambien.)

MAF. (Es posible.)

YUB. Una cancion para hacer boca, señores. El vino requiere música. Os voy á cantar una cancion que valdrá más que el soneto de Ludovico. Se dirige á San Pedro, célebre portero del paraiso, y encierra la idea delicada de que el cielo pertenece á los bebedores.

JAC. (A MAFEO.) (Él sí que está borracho.)

Todos. Que cante, que cante!

YUB. (Cantando.)

Abre, San Pedro, la puerta
al pertinaz bebedor,
que quiere entrar en el cielo
á cantar con plena voz:
Gloria al Señor!

TODOS. (Menos GENARO.)

Gloria al Señor!

YUB. Abre, San Pedro, la puerta
al chistoso capiscol,
que os alegrará cantando
hasta arrojar el pulmon:
Gloria al Señor!

Todos. Gloria al Señor!

Chocan las copas riendo A carcajadas. De repente se oyen de lejos voces
lejanas que cantan con tono lúgubre.

Voces. (Fuera.) *Sanctum et terribile nonem ejus. Initium
sapientiae timor Domini.*

JAC. (Riendo.) Mientras entonamos canciones alegres, el eco
nos responde cantando vísperas.

Todos. Escuchemos.

VOCES. (Fuera y acercándose.) *Nisi Dominus custodierit
civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Todos se echan á reir.

JAC. Eso es canto llano puro.

MAF. Alguna procesion que pasará por la calle.

GEN. A media noche?

JAC. Seguid cantando, conde de Belverana.

VOCES. (Fuera y cada vez más cerca.) *Oculos habent, et non
videbunt, nares habent et non odorabunt aures habent et non
audient.*

Todos vuelven á reir.

JAC. ¡Si se burlarán esos monges de nosotros!

MAF. Mira, Genaro, cómo las lámparas se apagan; vamos á
quedarnos á oscuras.

Las luces se amortiguan efectivamente como si les faltase aceite.

Voces. (Más cerca.) *Manus habent, et non palpabunt; pedes
habent, et non ambulabunt; non clamabunt in gutture suo.*

GEN. Parece que las voces se acercan.

JAC. Parece que la procesion pasa por debajo de las ventanas.

ASC. Será algun entierro.

MAF. Pues bebamos á la salud del que van á enterrar.

YUB. ¿Qué sabeis si será uno ó muchos?

JAC. Pues á la salud de todos.

APÓST. Bebamos y continuemos invocando á San Pedro.

YUB. Sigo cantando. (Canta.)

Si los santos en el cielo
tienen al mosto aficion,
deben beber al compás
del canto del bebedor:

Gloria al Señor!

TODOS. (Chocando las copas y riendo.)

Gloria al Señor!...

La puerta grande del fondo se abre silenciosamente y deja ver un espacioso salon tapizado de negro, alumbrado por hachas y con una cruz de plata en el fondo. Una larga fila de penitentes blancos y negros, á los que solo se ven los ojos por los agujeros de la caperuza y con hachas en las manos, entran por la puerta grande cantando con tono lúgubre y en alta voz:

De profundis clamavi ad te, Domine.

En seguida se colocan á los dos lados del teatro, donde permanecen inmóviles como estátuas; los jóvenes los miran con estupor.

MAF. Qué significa esto?

JAC. (Afectando reírse.) Esto debe ser una broma. Apuesto cualquier cosa á que son las condesas que han cenado con nosotros que se disfrazan de ese modo para asustarnos. Voy á probarlo.

Riendo levanta á uno de los penitentes el capuchon, y al ver el rostro lívido del disciplinante, le vuelve á dejar caer la capucha y retrocede asustado.

Esto es sorprendente!

MAF. No sé por qué la sangre se me cuaja en las venas.

LOS PENITENTES. (Con voz terrible.) *Conquassabit capita
interra multorum.*

JAC. Esto es un horrible lazo! ¡Venga la espada, que nos
hemos metido en el infierno!

ESCENA II.

Dichos y Lucrecia.

Lucrecia, vestida de negro, aparece de repente en el umbral de la puerta.

LUC. Estais en mi casa! Todos. Lucrecia Borgia!

Esta exclamacion la lanzan todos menos Genaro, que está en un rincon del teatro, donde Lucrecia no le vé.

LUC. Hace pocos dias los que estais aquí pronunciábais mi nombre con desprecio, y hoy lo pronunciais con espanto. Motivo teneis para mirarme con ojos desencajados. Soy yo, señores, que vengo á noticiaros que estais todos envenenados y que apenas os queda una hora de vida. Es inútil que deis el menor paso, porque el aposento contiguo está lleno de lanzas. Ahora me toca á mí levantar la voz y aplastaros. Jacobo Libereto, vé á acompañar á tu tío Viteli, á quien hice matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano. Ascanio Petrucci, vé á juntarte con tu primo Pandolfo, al que asesinó por robarle su feudo. Ludovico Vitelozo, tu tío te espera. Mafeo Orsini, vete á murmurar de mí en el otro mundo con tu hermano Gravina. Apóstolo Gacella, vé á juntarte con tu padre Francisco y con tu primo Alfonso de Aragon. Creo que ya he solventado mi deuda: me disteis un baile en Venecia y os pago dándoos una cena en Ferrara. Fiesta por fiesta.

JAC. Terrible despertar, Mafeo!

MAF. ¡Hora es de pensar en Dios, Jacobo!

LUC. (A los penitentes.) Hermanos, acompañad á esos gentiles-hombres á la sala inmediata, en donde encontrarán los auxilios espirituales que necesitan en esta ocasion, y que aprovechen los pocos instantes que les quedan. Vosotros,

señores, dejaos guiar por ellos, que son monges regulares de San Sixto, antigua cofradía de agonizantes que ayuda á bien morir. No solo he cuidado de vuestras almas, sino que tambien he atendido al decoro de vuestros cuerpos. Volved la vista y lo vereis.

Los penitentes se apartan y dejan ver cinco ataúdes, cubierto cada uno con un paño negro.

Vuestros cinco ataúdes están prevenidos. Destrozásteis las entrañas de una desgraciada mujer, y creísteis que ésta no se vengaría; pues ahí teneis los sitios donde os vá á encerrar, Jacobo, Mafeo, Ludovico, Apóstolo y Ascanio.

GEN. (Saliendo del rincon y aproximándose á Lucrecia.) Falta un ataúd, señora.

LUC. (Sorprendida.) Cielos!

GEN. El del capitán Genaro.

LUC. ¡Salid todos de aquí, dejadnos solos! Yubeta, suceda lo que suceda, aunque oigais ruido en este aposento, que nadie entre aquí.

YUB. Nadie entrará.

Los monges salen procesionalmente, llevando entre sus dos filas á los cinco gentiles hombres.

ESCENA III.

Genaro y Lucrecia.

Solo alumbra la escena la escasa luz de alguna lámpara que está apagándose. Las puertas han vuelto á cerrarse. Lucrecia y Genaro, solos, se miran algun tiempo de reojo sin atrever á hablarse, como si no supieran por dónde empezar. Los monges cantan fuera.

Nisi Dominus cœdificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.

LUC. ¡Otra vez, Genaro, te presentas cuando voy á descargar un golpe! ¿Cómo es que estás aquí?

GEN. Porque el corazón me anunciaba una catástrofe.

LUC. Estás envenenado por segunda vez, y vas á morir.

GEN. Si quiero, porque tengo aquí el contraveneno.

LUC. Loado sea Dios!

GEN. Todo dependerá de lo que me contesteis á esta

pregunta: ¿Habrá suficiente elixir en esta redoma para salvar la vida á los cinco gentiles-hombres que acaban de salir de aquí?

LUC. Apenas hay bastante para salvar la tuya.

GEN. ¿No podeis facilitarme más cantidad de contraveneno?

LUC. Te dí la que me quedaba.

GEN. Está bien.

LUC. Apresúrate, Genaro, á tomar ese contraveneno, ya que has cometido la imprudencia de venir aquí. Asegura la vida, que yo te haré salir luego por una puerta secreta y todo podrá remediarse aun. Es de noche, se ensilla un caballo pronto, y mañana puedes estar lejos de Ferrara. Es preciso que te salves y que vivas.

GEN. (Tomando un cuchillo de la mesa.) Preparaos, señora, á morir.

LUC. Qué es lo que dices!

GEN. Digo que habeis envenenado infamemente á mis mejores amigos, entre ellos á Mafeo Orsini, á quien debo yo vengar como él me vengaría. Digo y repito que vais á morir.

LUC. Dios mio!

GEN. Rogadle que os perdone, pero pronto, que estoy envenenado y no puedo esperar mucho tiempo.

LUC. ¡No es posible que me mate Genaro!

GEN. Pues lo será, señora.

LUC. Te digo que es imposible. Jamás me hubiera ocurrido esta idea, á pesar de ocurrírseme ideas espantosas. Baja el cuchillo! Espera, Genaro, que tengo que hablarte.

GEN. Pues pronto.

LUC. Suelta ese cuchillo, infeliz! ¡Si supieras!... Genaro, ni presumes ni sabes quién eres ni quién soy yo. Ignoras que corre por nuestras venas la misma sangre, y que tu padre fué Juan Borgia, duque de Gandía.

GEN. Vuestro hermano! Entonces soy sobrino vuestro...

LUC. (Sobrino!)

GEN. ¡Mi madre fue entonces la desventurada duquesa de Gandía, que los Borgias hicieron tan desgraciada! Mi madre me habla de vos en sus cartas, contándoos en el número de los parientes desnaturalizados que mataron á mi padre. Ahora, además del objeto de vengar á mi padre, me impulsa el motivo de salvar á mi madre de vuestro poder Sois mi tia y yo

soy un Borgia! ¡Voy á perder la razon! Habéis vivido mucho tiempo, y vuestra vida, que es un tejido de crímenes, debe pareceros odiosa y abominable; estareis cansada de vivir; pues bien, morireis. En familias como las nuestras, en las que el crimen es hereditario y pasa de padres á hijos, como el nombre y el patrimonio, esta fatalidad termina comunmente con un asesinato, con un asesinato de familia, último crimen que venga todos los anteriores. Por eso nunca se vitupera al hombre ilustre que corta una rama podrida del árbol de su linaje. El español Mudarra mató á su tío Rodrigo de Larra por me-nos de lo que vos habeis hecho, y le alaba la posteridad por haber muerto á su tío. Conque... encomendad vuestra alma á Dios, si creéis en él.

LUC. ¡Genaro, ten compasión de ti mismo! Eres inocente aun y no debes cometer un crimen.

GEN. Mi cabeza se trastorna y se extravía. Mataros es cometer un crimen? Pues aunque lo sea le cometeré, porque soy un Borgia. Arrodiillaos, arrodiillaos.

LUC. Genaro, vuelve en tí! ¿Así pagas el inmenso cariño que te profeso?

GEN. Cariño!...

LUC. Voy á salvarte de tí mismo; voy á llamar, voy á pedir socorro.

GEN. No abrireis esa puerta, y aunque dierais voces tampoco os salvaríais. Acabais de mandar que no entre nadie aquí, suceda lo que suceda.

LUC. Genaro, no serás capaz de la cobardía de matar á una mujer que no puede defenderse, no. Tus sentimientos son más nobles. Escúchame, que despues me matarás si quieres. No me halaga vivir, pero antes quiero desahogar el corazon que has angustiado al tratarme de este modo. Eres jóven todavía, y la juventud es demasiado severa. Por último, si he de morir, no quiero que tú me mates, es imposible que yo muera por tu mano; eso seria horroroso! Conozco por otra parte que no ha llegado aun mi hora. He cometido acciones perversas, he sido malvada, pero se me debe dejar tiempo para que me reconozca y para que me arrepienta.

GEN. Sois hermana de mi padre; decidme, dónde está mi madre?

LUC. Dios mio! No puedo decírtelo todo, porque si te lo dijera, quizás me mirarías con más desprecio y con más horror. Quisiera que me dejases arrodillarme á tus piés y demostrarte mi arrepentimiento. Me perdonarás la vida? Quieres que me encierre en un claustro? Si te dijeran: esa miserable mujer se ha cortado el cabello, duerme sobre ceniza, pasa los días y las noches en la oracion rogando á Dios, no por ella, que lo necesita, sino por tí, para que seas dichoso y para que la perdones; si te dijeran todo esto, Genaro, podrias rechazarme? ¡Perdóname, Genaro, y no me mates! Vivamos los dos, tú para perdonarme y yo para arrepentirme. Compadécete de mí. ¿Por qué no has de tratar con misericordia á la miserable mujer que te pide que la compadezcas? Te pido que me concedas la vida, porque te idolatro, porque cometerías la mayor de las infamias matándome y serias la víctima de un crimen espantoso. No, no lo cometerás.

GEN. Señora... (Conmovido.)

LUC. He conseguido tu perdon! ¡Lo leo en tus ojos! ¡Déjame llorar postrada á tus piés!

Una voz. (Desde fuera.) Genaro!

GEN. Quién me llama?

La voz. Genaro, hermano mio!

GEN. Es Mafeo!

La voz. Muero, pero véngame!

GEN. (Levantando el cuchillo.) Es muy justo; ya no oigo nada más.

LUC. (Defendiéndose y deteniéndole el brazo.) ¡Perdóname! Perdóname!

GEN. No.

LUC. Escúchame!

GEN. No.

LUC. En nombre del cielo!

GEN. No. (La hierde.)

LUC. Ah!... Me has muerto!... ¡Genaro, soy tu madre!

FIN DE LUCRECIA BORGIA.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo